

97
64

50



PO 72
. C 25
25
25
25

25
25
25



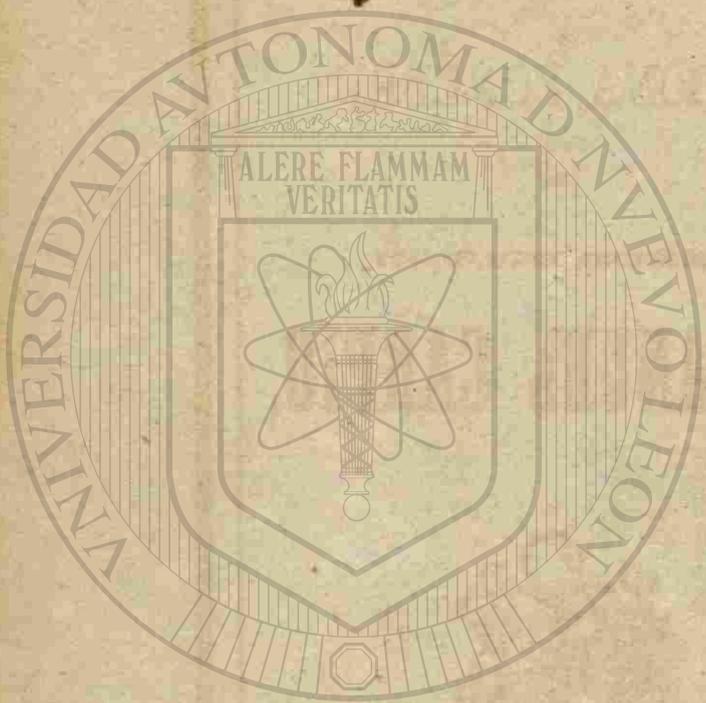
1080019259

EX LIBRIS

HEMETHERII VALVERDE TELLEZ

Episcopi Leonensis

S



CORONA FÚNEBRE

DEL

SEÑOR DOCTOR

D. MANUEL CARPIO.



UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
Biblioteca Vazquez y Tellez

MÉXICO.

IMPRENTA DE IGNACIO CUMPLIDO,

Calle de los Rebeldes núm. 2.

1860.



Biblioteca Universitaria

40618

V
926
C

PQ7297
.C254
Z5



FONDO EMETERIO
VALVERDE Y TELLEZ

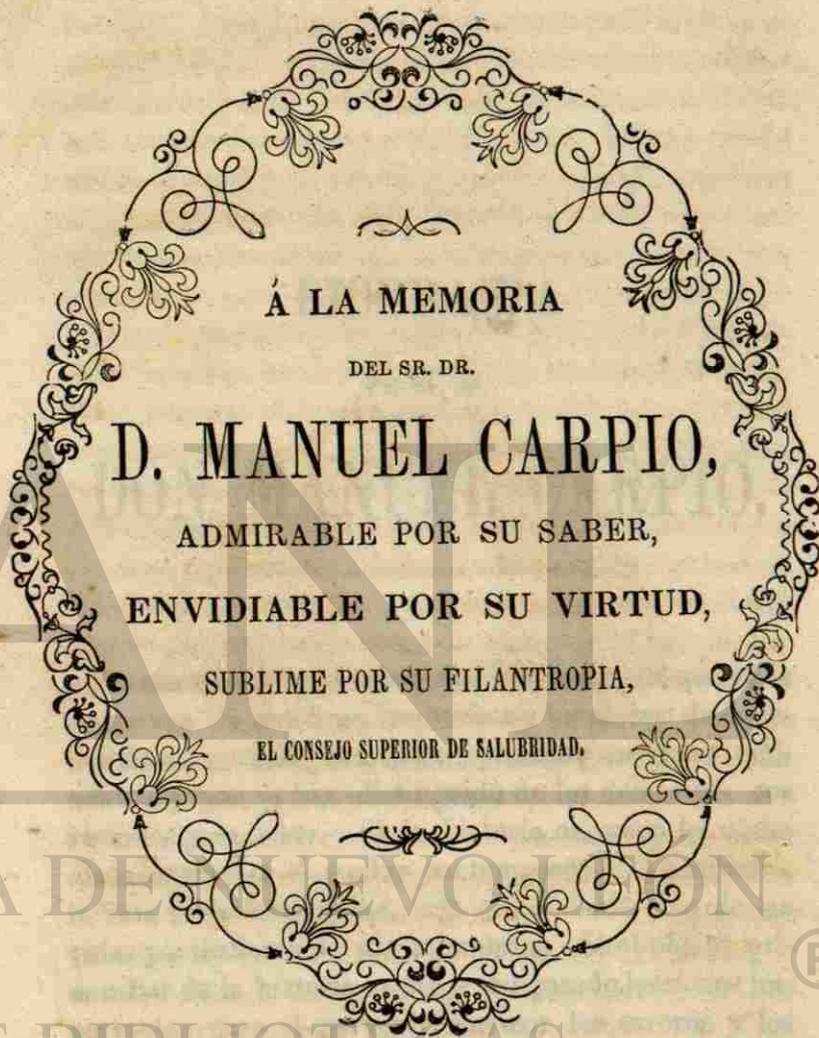
01001

UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCION GENERAL DE BIBLIOTECAS





003380



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA

DIRECCION GENERAL DE

082289

...de la vida... Y donde se apr...
...en otros bellos mundos...
...de los que han pasado...
...con los mejores...
...cual...
...dillo...
...personas...
...males y vicios...
...cumento de...
...los errores...
...observamos...
...de por el...
...tante de...
...aviso...
...el...
...que...
...de...
...trato...
...bien...
...La humanidad está altamente interesada en que se conserven los nombres, los hechos y los dichos de aquellos de su gremio, que le han prestado servicios eminentes, y que se han distinguido de los demás por sus virtudes y su saber. Si la historia es, como ha dicho elocuentemente el orador contemporáneo Lacordaire, la vida de la humanidad, ésta no se forma sino de las vidas particulares de sus miembros. Si el objeto primordial de la historia es sacar del pasado lecciones importantes para el porvenir, corregir los errores y los vicios que traen tan fatales consecuencias, cómo curar estas llagas corrosivas del cuerpo social, sino aplicándoles los remedios opuestos? *contraria contrariis curantur.*

BIOGRAFIA

DEL SR. DR.

DON MANUEL CARPIO.

La humanidad está altamente interesada en que se conserven los nombres, los hechos y los dichos de aquellos de su gremio, que le han prestado servicios eminentes, y que se han distinguido de los demás por sus virtudes y su saber. Si la historia es, como ha dicho elocuentemente el orador contemporáneo Lacordaire, la vida de la humanidad, ésta no se forma sino de las vidas particulares de sus miembros. Si el objeto primordial de la historia es sacar del pasado lecciones importantes para el porvenir, corregir los errores y los vicios que traen tan fatales consecuencias, cómo curar estas llagas corrosivas del cuerpo social, sino aplicándoles los remedios opuestos? *contraria contrariis curantur.*

Estos son, la ciencia y la virtud. ¿Y dónde se aprenden estas bellas cualidades, sino en los ejemplos vivos de los que las poseyeron en grado superior? Quiénes son los mejores maestros, sino los que las han practicado? Con razon ha dicho el sabio Benedictino, Mabillon, que "el estudio de la historia es hallar en las personas santas y virtuosas, de que se edificar, y en los malos y viciosos, que huir." Es tan consolador, que en medio de tantos malvados, de tantos crímenes, tantos errores, tanta ignorancia y daños como sentimos y observamos en la miserable especie humana, degradada por el pecado de su origen, cuando en hastiados apartamos la vista de tantos horrores, y la volvemos con avidéz á la tumba como único medio de salir de entre ellos, al volverla se nos presentan hombres de aquellos, que en frase de la Escritura, les cupo una alma buena, de costumbres inocentes, de índole suave, de agradable trato, de recto juicio y de una consagracion ilimitada al bien de sus hermanos y al enriquecimiento intelectual de los conocimientos. Estos tales nos reconcilian con el género humano, y observamos con placer que no es tan malo como á primera vista nos parecia. El individuo, la familia, la sociedad, recuerdan sus nombres con efusiones de gratitud, los conservan como porcion de una valiosa herencia, y los legan á la posteridad con recomendacion.

De aquí la utilidad de las biograffas, en cuya formacion se distinguieron en la antigüedad Plutarco, en sus *vidas de los hombres ilustres de Grecia y Roma*; Cornelio Nepote, en las *vidas de los grandes capitanes antiguos*; Diógenes Laercio, de las *vidas, dogmas y apotegmas de los claros filósofos*, en 10 libros; y en los tiempos

de nuestra era cristiana, Brantome de Bourdeilles, biógrafo por excelencia, que dejó escritos volúmenes *de la vida de los hombres ilustres y grandes capitanes franceses y extranjeros y de las damas ilustres*; y los italianos Boccacio y Paolo Giovio, el uno en sus *Casos de los varones y mujeres ilustres*, y el otro en sus *Elogios de los escritores célebres*; siendo notables las publicaciones que, bajo los nombres de *Biografía Universal* y *Diccionario Biográfico General*, se han hecho en el presente siglo.

En nuestro pais no se han visto con menor interes esta clase de redacciones, y tienen conocimiento los sabios historiógrafos de la República de multitud de hombres célebres, que honran la literatura mexicana por las obras de éste género, tituladas: *Biblioteca mexicana* del Illmo. Sr. D. Juan Eguiara y Egúren, cuyo autógráfo posee la Biblioteca de la Santa Iglesia Catedral de México; *la Biblioteca hispano-americana* del ilustrado Sr. Dr. D. Mariano Beristain, Dean de la citada Iglesia Metropolitana; *el Diccionario universal de historia y Geografía*, que publicó el Sr. D. José María Andrade, y tuvo distinguidos coolaboradores, y por los muchos artículos publicados en los periódicos y otros impresos sueltos, formados por personas muchas de ellas notables y amantes de la historia del pais.

A la sentida muerte del Sr. Dr. D. Manuel Carpio, una de nuestras mas insignes celebridades literarias, y hombre tan generalmente estimado por sus buenas prendas é intachable conducta, los admiradores de su ingenio, que son todos los que hayan leído sus escritos y sus numerosos amigos, que son cuantos le conocieron y trataron, desearon vivamente la formacion de su bio-

grafía. El Sr. D. Francisco Ortega, en el elogio fúnebre que pronunció por la Escuela de Medicina en el día de su parentación, expresó esta exigencia. Ya ántes el Consejo superior de Salubridad, penetrado de la importancia del asunto, deseando manifestar el singular aprecio que le merecía la memoria del que por tantos años habia sido su vice-presidente*, y lo habia sostenido con brillo, determinó que una comision de su seno, compuesta de los que suscribimos este artículo, formase la Corona Fúnebre con su correspondiente biografía, y se publicase á expensas del mismo Cuerpo.

Nosotros, correspondiendo á tan honroso encargo, aunque impares para su elevado objeto, pues que, como se explica uno de nosotros en la biografía del eminente sabio padre D. Manuel Sartorio, hay biografías que solo pueden hacerse dignamente por el mismo grande hombre á quien se dirigen, y en este sentido "solo Carpio podria escribir sobre Carpio;" obligados por la órden del Consejo, en su nombre y representacion, la presentamos á la indulgencia popular, y recomendamos á los sabios amigos de nuestro hombre y justos apreciadores de su mérito, la completen.

El Sr. D. Manuel Carpio, hijo de los buenos y honrados padres D. Antonio José Carpio, español, natural de la villa de Monte Mayor en el reino de Córdoba, y D.^a Josefa Atanasia Hernández, que lo fué de la heroica ciudad de Veracruz, nació en 1.^o de Marzo de 1791 en la villa de *Cosamaloápan*, de la entónces provincia del mencionado Veracruz, la cual debe este nombre, que en el lenguaje mexicano significa *rio del iris*, al rio que

* La presidencia nata del Consejo corresponde al Exmo. Sr. Gobernador del Departamento del Valle de México.

corre junto á ella, hermoso por la variedad de colores que presenta la flora de sus orillas. Este mismo rio, saliendo de madre, inunda las tierras comarcanas, circunstancia, que si le da fertilidad por el enlame de la tierra, vuelve al distrito mal-sano por las emanaciones pantanosas. Esta pequeña poblacion hubiera quedado ignorada para la historia, sin la cualidad de ser la cuna del hombre de que tratamos, y que de hoy mas le dará celebridad; así como á la pequeña isla de Cos le dió importancia el viejo Hipócrates; á Pergamo, Galeno; á Arpino, Ciceron; á Mantua, Virgilio; á Tagaste, San Agustín; á Alcalá de Henares, el inmortal autor del Quijote; á Vich, en Cataluña, el jóven y nunca bien encomiado Bálmes; á Guadalajara, en México, el singular López Portillo, y á otros lugares los hombres eminentes que han sido sus naturales y ciudadanos.

Asuntos de comercio hicieron trasladarse con la familia á Puebla al padre del Sr. Carpio, el año de 1796, y murió allí á los pocos meses, dejándolo á los cinco años de su edad, bajo la tutela y direccion de la señora su madre. A esta desgracia se juntó, como ordinariamente acaece, la de la pérdida de los bienes de fortuna, pues el giro mercantil de su casa, que habia constituido á su padre uno de los mas acomodados españoles del pais, se entorpeció con su muerte, y otros mil sucesos adversos le hicieron desaparecer.

A pesar de esto y de la estrechez consiguiente, la madre de nuestro Carpio no descuidó un punto su educacion, siendo bajo este aspecto una matrona digna de recomendarse; pues si, como dice Fedro, "es mas madre la que educa, que la que pare," la señora cumplió exactamente con esta mision importante de la maternidad,

y fué una viuda de las que San Pablo alaba en su epístola á Timoteo, "que son verdaderamente viudas, *quæ vere viduæ sunt*, aprobadas con testimonio de buenas obras, educando á sus hijos. *In operibus bonis testimonium habens, si filios educavit &c.*" El hijo, por su parte, correspondió cumplidamente á esta solicitud maternal con su ingenio y aplicacion. *El hijo necio es tristeza de su madre*, dice el libro de los Proverbios. *Filius stultus moestitia est matris suæ.* Ella sembró en su tierno corazon le semilla de la virtud y del temor de Dios, y encontró en él una tierra dispuesta para hacerla germinar, crecer y dar opimos frutos. ¡Oh si todas las madres imitaran á la del Sr. Carpio! ¡Oh si las mujeres llegasen algun dia á comprender el destino tan elevado á que las llama la Providencia, en la formacion del corazon de sus hijos, y cuánto influyen en la civilizacion, culto y costumbres de los pueblos!

Pasada la educacion primaria del Sr. Carpio, entró al Colegio Seminario de la misma ciudad de Puebla, y en él cursó las cátedras acostumbradas de Latinidad y Artes. Luego estudió Teología, cuyo curso igualmente concluyó, sustentando con aplauso el acto de estatuto de su colegio, explanando el difícilísimo tratado de *Prædestinatione*. Imponderable es el ingenio y la dedicacion que manifestó en estos primeros ensayos de sus estudios. La maestría con que en el resto de su vida, ya maduro su juicio, trató estas materias, en cuantas ocasiones, que fueron muchas, tuvo que ocuparse de ellas, prueba que el edificio de su ciencia se habia levantado sobre buenos cimientos; porque es muy raro ver á un estudiante desaprovechado, distinguirse despues de salido del colegio en cualquiera facultad.

En todo el tiempo de sus cursos no es ménos de admirar en él las dificultades de todo género que tuvo que superar para concluirlos en medio de la pobreza y falta de valimiento. Comunmente se observa en los establecimientos de instruccion pública, que los alumnos mas adelantados sean tambien los mas pobres; cosa que se explica, advirtiendo que los jóvenes acomodados tienen mas causas de distraccion en los placeres, que con su dinero se proporcionan, y que figurándose inacabables sus tesoros, no creen llegará el caso en que tengan que vivir de alguna profesion literaria, ó mas bien, por una expresa disposicion de Dios, *patris orphanorum et iudicis viduarum*, en favor de estas criaturas desgraciadas, y porque si las mas veces se reuniese el saber á la riqueza, juntos ámbos poderíos, el del uno y el de la otra desarrollarian en los ricos una elacion y orgullo en muchos superiores á los que lamenta la sociedad, y que tan repetidamente increpa en esta clase, el sublime evangelizador de los pobres, Jesucristo, salvo por supuesto honorables excepciones. *

* En tiempos como el presente, en que se admira justamente M. Thiers, de haber sido preciso defender la propiedad, que parecia sancionada por la autoridad de los siglos, de los rudos ataques que le han dirigido los comunistas y socialistas modernos, pareceria que las declamaciones contra la clase acomodada favorecerian semejantes delirios y tendencias. Léjos, muy léjos está el autor de este artículo de tal suposicion. El sabe que la propiedad, mueble ó inmueble, es de derecho natural, y por consiguiente divino; que está apoyada en el Decálogo, y reconocida, como todo lo que se deriva del derecho natural primario, por todos los pueblos y en todos los tiempos y lugares; que sin ella no hay produccion posible, y que la historia enseña, que siempre que se ha tratado de la mejor reparticion territorial, como en la Ley Agraria de los Romanos, ó por escritores imprudentes, la consecuencia ha sido los trastornos y conmociones de los pueblos, y la sangre vertida á torrentes por utopias irrealizables, que germinan en cabezas desorganizadas, y hallan abrigo en la malignidad envidiosa de las clases inferiores. Sabe igualmente, y conoce ricos al par de tales, ilustrados, benéficos, afables, modestos y accesibles.

Por motivos que se ignoran, entre los que figuraría acaso muy influentemente la carencia de recursos, de que hablamos, pasó á estudiar Medicina y Cirujía, en cuyo estudio aventajó como en los anteriores, y habiéndolo concluido, sostuvo con particular lucimiento el acto llamado de Recepcion en la repetida ciudad de Puebla, dedicándolo al Illmo. Sr. obispo de la diócesis, Dr. D. Joaquin Antonio Perez. Despues vino á la capital el año de 1818, y en Enero del siguiente se recibió, en el entónces Real Protomedicato, en calidad de cirujano latino; distincion que se hacia en aquella época entre éstos y los llamados romanistas, que ignoraban latinidad, no habian cursado filosofía, ni matriculádose en las Universidades del reino.

Desde entónces ejerció su profesion con gran crédito, debido, no solo al éxito de sus curaciones, como ordinariamente acaece, aunque sea el medio mas falible y ménos justo de adquirirlo, sino á su saber, á su rica erudicion médica, á la precision de sus diagnósticos, á la atenta observacion de su clínica y al tino de sus aplicaciones terapéuticas, junto con su constante dedicacion al estudio, su consagracion al enfermo, su trato afable y demas cualidades morales que lo adornaban, no siendo la menor su caridad, con que auxiliaba al infeliz y al indigente.

En los últimos años de su vida se retiró casi de la práctica médica, ejercitándola solo con uno ú otro amigo muy íntimo y con los menesterosos, porque consideró lo espinoso de la carrera, lo que afecta la sensibilidad de un corazon bien formado, la estéril recompensa de los afanes empleados en ella y la inmensa responsabilidad que el médico reporta. Estas consideraciones, y el

haber adquirido recursos suficientes para poder vivir, sin tenerla como profesion, en una mediocridad decente, le produjeron gran tranquilidad de espíritu y la calma necesaria para entregarse á sus estudios y meditaciones mas asidua y ordenadamente.

En 1824 perteneció, en la clase de académico de número, á la Academia de Medicina práctica del Estado de México, que por aquel tiempo se estableció, y en 1825 la Academia Médico-Quirúrgica de Puebla le remitió su nombramiento de socio corresponsal. El cuerpo Médico-Militar, bajo la denominacion de Cuerpo de Sanidad Militar, tuvo una feliz época, en la que se colocó á su cabeza al Sr. D. José Ruiz, uno de los médicos mas eminentes que cuentan los anales de la Medicina nacional. Entónces sus plazas se dieron por rigurosa oposicion, y médicos de nombradía se interesaron para obtenerlas. Durante este período pertenecieron al cuerpo el actual director de la Escuela de Medicina Dr. D. Ignacio Duran, y el sentido D. Pedro Escobedo, y entónces tambien nuestro Carpio fué nombrado para la plaza de Artillería. Esto pasaba por el año de 1830.

Por una ley expedida el año de 1831, se extinguió el Protomedicato, sustituyéndolo con una junta de médicos, cirujanos y farmaceúticos, que se denominó Facultad Médica. Para borrar la odiosa distincion de médicos y cirujanos, y entre éstos la de latinos y romanistas, se ordenó por esta ley que en lo sucesivo ninguno se recibiese en una sola facultad; que los que entónces estuvieran cursando, quedasen obligados, despues de su recepcion en una facultad, á recibirse igualmente en la que les faltaba dentro del período que ella misma establecia; y respecto á los profesores de un solo ramo, la

ley los dejaba en libertad de examinarse en el otro. Nuestro Carpio se hallaba en este último caso; y él, en compañía de otros muchos profesores de mérito, que no temieron sufrir el nuevo exámen á que los sujetaba la concesion de la ley, se presentó y sufrió sus dos exámenes acostumbrados, en los dias 30 de Abril y 1.º de Mayo de 1832. Tuvo de notable su primer exámen el haber disertado verbalmente sobre el punto, de suerte que fué el gravísimo de la hydrofobia ó rabia, con una maestría y una expedicion, que solo eran debidas á la abundantísima erudicion médica que poseía.

Por el plan general de estudios, decretado por el vice-presidente en ejercicio del poder ejecutivo y facultado extraordinariamente por el Congreso, D. Valentin Gomez Farías, se erigió el establecimiento de Ciencias Médicas, que mudado despues el nombre en Escuela de Medicina, subsiste hasta hoy con algunas ligeras modificaciones, requeridas por la variacion de tiempos y circunstancias, siendo ciertamente uno de los establecimientos de instruccion pública mas bien montado de la República, y que puede, sin exageracion, rivalizar con otros de su especie en el extranjero. Desde su creacion, fué nombrado el Sr. Carpio catedrático de Fisiología é Higiene, cuya cátedra desempeñó hasta su fallecimiento; siendo sus discípulos, en consecuencia, la mayor parte de los actuales profesores mexicanos, entre los que tenemos la honra los suscritores del presente escrito de contarnos. No hay ramo de los estudios médicos mas filosófico que la Fisiología, ni que requiera un espíritu de induccion y de análisis mas experto para tratarla, ni que exija mas que otro alguno el conocimiento profundo de las ciencias accesorias á la Medicina, natura-

les y metafísicas, la Anatomía, especialmente la comparada, la Física, la Química, la Historia Natural, la Psicología, la Ontología, la Ideología, etc., como que á ellas atañen las grandes é importantes cuestiones del principio vital que se desenvuelve gradual y diversificadamente, desde el humilde musgo hasta el excelso cedro, desde el zoófito hasta el hombre, colocado en la cúspide de la escala orgánica, y dominándola toda por su inteligencia; de las funciones llamadas de relacion, porque ponen al ser inteligente en relacion con los otros seres materiales é inmateriales; el análisis delicadísimo de estas mismas funciones; su enlace con las demas del organismo material; la influencia de la electricidad y del calórico sobre el cuerpo vivo; las reacciones de una química enteramente peculiar á la vida; ese conjunto de órganos tan íntimamente ligados entre sí por sus diversas funciones y adunados á un mismo fin, constituyendo al hombre un microcosmos ó mundo abreviado, en el que todo conspira á un fin único, la vida: *consensus unus, conspiratio una, consentientia omnia*, como habia expresado el Padre de la Medicina en su libro titulado *De alimento*; y sobre todo, esa complejidad, ese comercio misterioso de la parte espiritual, inteligente, indestructible y activa del hombre, con la parte material, sujeta á composicion y descomposicion, y reductible á sus elementos químicos. Para la solucion de estas altas cuestiones, hasta donde es posible al humano saber, se necesita un ingenio vivo y penetrante, una erudicion muy vasta, un médico filósofo, y mas que todo, un médico cristiano, de espíritu fuerte y elevado, que no se deje extraviar en el materialismo, como lamentablemente lo hemos notado en algunos fisiólogos. Todas estas cua-

lidades estaban felizmente reunidas en el Sr. Carpio. Apelo al juicio de cuantos oyeron sus lecciones por el espacio de tantos años. ¡Qué sublimidad de pensamientos! Qué precision de ideas! Qué fondo de piedad católica no poseía! y ¡cuánto no agravan el dolor de su pérdida estas consideraciones! Continuemos.

En atencion á su relevante mérito, el Claustro de la Universidad de México lo incorporó á ella, confiriéndole el grado de Doctor en Medicina, y en Filosofía el año de 1853, y en el siguiente fué nombrado catedrático de Higiene-pública en la misma Universidad; distinciones muy merecidas por su parte y muy honoríficas por el Cuerpo que se las concedió, el mas respetable entre los científicos, ya por ser el primero de la nacion, ya por el número crecido de sus ilustraciones literarias en todos los ramos de la ciencia durante el largo período de mas de trescientos años.

En 1855 fué nombrado catedrático de Anatomía en la Academia Nacional de San Carlos. En 1858, restablecida la Universidad, que el furor de los partidos habia destruido, el Sr. Carpio entró de nuevo á ocupar una de sus cátedras, la de Historia de las ciencias-médicas, y en la última eleccion trienal fué designado conciliario de la propia Universidad.

En 1844 fué electo miembro adjunto del Consejo Superior de Salubridad; titular en el siguiente de 46; reelecto en 48, 53, 54 y 58, y desde 50 su vice-presidente. Tan repetidas elecciones prueban la alta estima que mereció á esta Corporacion, y lo que ella se daba por honrada, con contarle al frente de sus miembros. Las solas demostraciones luctuosas del Consejo de que abajo hablarémos, tratando de los funerales, bastarian sin

este escrito biográfico que consagra á su memoria, para manifestar el profundo dolor que ha sentido por su fallecimiento.

Era una luz que no estaba *oculta bajo el celemin, sino sobre el candelero para difundirse*; por esto es, que sus conciudadanos le dieron sus sufragios para diputado á la legislatura de su Estado natal, Veracruz, en 1828: el de México lo condecoró con el título de su ciudadano en 1830: en 1841 fué nombrado presidente de la Junta Departamental de México: en 1845, diputado al Congreso general por el citado Estado de Veracruz, y en 1851 senador suplente por el mismo, entrando desde luego á funcionar en este augusto Cuerpo por ausencia del propietario, Sr. D. Pedro Echeverría. Medurado, grave en la discusion y con regulares dotes para orador, la tribuna legislativa se lució con muchos de sus discursos. Ultimamente, en 1858 fué nombrado Consejero suplente de Estado por el Departamento de Nuevo-Leon.

Todas las Academias y Corporaciones científicas de su tiempo, ya médicas ó de algun otro ramo literario, lo numeraron con aprecio entre sus socios, y utilizaron sus luces en disertaciones, muchas de ellas hechas públicas por la prensa, y en la discusion sobre las diversas materias puestas á este fin. A mas de las que dejamos asentadas al principio de su carrera médica, fué socio fundador de la Academia de Medicina de México, que se fundó por el año de 1842; de la Sociedad Filo-yátrica en 1845; de la actual Academia de Medicina en 1857, y de la de Beneficencia-médica en 1853. Ingresó al Ateneo Mexicano en 1841, y en 1846 fué su vicepresidente; en 1849 fué nombrado miembro de la So-

ciudad Mexicana de Geografía y Estadística; en 1852, académico honorario de la Academia de las Tres Nobles Artes de San Carlos, y su secretario interino en 1855, por ausencia del Sr. D. Manuel Bonilla; en 1854, socio de número de la Academia Nacional de Historia y de la Mexicana de la lengua castellana. En 1857, socio también de número de la de Ciencias en la sección de Literatura.

Obtuvo distintos nombramientos del Gobierno: en 1838, para formar parte de una comisión encargada de redactar un plan general de estudios; en 1839, de la Junta Consultiva de Instrucción pública; en 1843, de vicerrector de la Escuela de Medicina, agregada entonces á la de San Ildefonso, que tenía por Rector al Sr. D. José María Guzmán, y lo era de todo el colegio; y en 1844, de la Junta Directiva General de Estudios. Fué también nombrado socio correspondiente de varias academias extranjeras; mas de éstas solo se enumera, por carecer de noticias auténticas, la Academia de Medicina y Cirujía de Madrid. Nada prueba con más evidencia su mérito, que este reconocimiento universal. Un autor de la vida de San Bernardo, el famoso monje de Claraval, dice: "que fué el alma de los concilios de su tiempo, que no hubo asunto de alguna importancia en que él no interviniese." De la misma manera no hubo en nuestro país cuestión literaria, de cualquiera clase y por poca que fuese su importancia, en que el nombre de Carpio no se hallase mezclado.

En el horizonte literario de la República, el Sr. Carpio es astro de primera magnitud. Existen sus poesías, recogidas y publicadas por el Sr. D. José Joaquín Pesado en 1849, acompañadas de un Prólogo, en que el

sabio editor, una de las alturas más prominentes del Parnaso Mexicano, examina el conjunto de las composiciones que publica, y hace notar algunas de sus muchas bellezas, sin entrar en el análisis de cada una, por no permitirlo, como él mismo dice, la estrechez de un Prólogo. Quien escribe este artículo, se reconoce sin la fuerza y talento necesarios para tal empresa, y además el trabajo analítico es un género de composición diverso del de una biografía. Solo ligeramente harémos notar lo más realzado de un cuadro, en donde no hay figura que no llame la atención. Cuantos inteligentes han leído las Poesías de Carpio, reconocen unánimes su gran mérito poético, lingüístico y en general literario. Los no inteligentes, sorprendidos, arrebatados por la fuerza de esa imaginación tan dominante en ellas, se encantan por ese instinto de lo bello, tan inherente á nuestra especie, como nos conmueve una partitura musical, ó nuestros ojos escudriñadores se fijan en una excelente pintura. ¿Quién podrá no sentirse profundamente enternecido, leyendo la ferviente oración de la Virgen María, en la Anunciación, oyendo los gemidos inefables de aquella Purísima Tórtola, por la redención del linaje humano? ¿Quién no experimenta un pasmo de tristeza, al llegar con el poeta al sombrío Huerto del Olivar, y contemplar allí al Unigénito de Dios consustancial al Padre, agonizando y sudando sangre, al aspecto de los terribles dolores que le esperan y de la historia del crimen humano, presente con todo su horror ante aquel Divino Entendimiento? ¿A qué ojos Carpio no hará derramar lágrimas, cuando muestra á la pura é inocente Madre del Salvador al pié de la cruz de su Hijo, sola, desolada, *torciendo sus blanquísimas*

manos al tremendo cielo, sin encontrar consuelo á su afliccion? ¿Quién no se estremece de pavor al escuchar la voz de Carpio, pintando el castigo estupendo de la nefanda Sodoma, el paso del ángel exterminador, hiriendo á los primogénitos egipcios, ó al tremendo Jehová rodeado del trueno y del incendio en la cumbre del Sinai? ¿Qué tiernos, qué piadosos, qué entusiasmados versos dirige al Redentor difunto!

Ese Pobre, que á fuerza de tormento
Ha expirado, y á fuerza de pesares,
Vale mas que la tierra con sus mares,
Vale mas que el inmenso firmamento.

Vendrá tiempo en que príncipes y sabios
Doblen ante él sumisos la rodilla,
Y desearán con humildad sencilla
En sus sangrientos piés poner los labios.

Colocará su trono reluciente
Mas allá de ese cielo diamantino,
Y ante su rostro espléndido y divino
El querubin humillará su frente.

A sus piés pasarán con vuelo inmenso
Los brillantes luceros á millones,
Que humildes le darán adoraciones
Entre el olor y el humo del incienso.

El Sr. Pesado, citando varios trozos de las Poesías del Sr. Carpio, hace notar lo animado de sus descripciones y lo fiel de sus pinturas, sin haber una de ellas que no se pueda trasladar al lienzo con toda propiedad. Sus conocimientos geológicos, históricos, arqueológicos, geográficos y astronómicos lucen en las mas de sus com-

posiciones, pero principalmente en *La destruccion de Sodoma, La antigua Roma, El cometa de 1841, Napoleon en el mar Rojo, La luna, El Popocatepetl* y la animada *Poesía descriptiva de México*. Los sonetos dedicados al Sr. L. D. Alejandro Arango y Escandon están llenos de la literatura clásica griega y romana, y sus epigramas publicados en el Calendario de Galvan, y hechos ya populares, son sumamente vivos y graciosos. Otras muchas composiciones poéticas de su fecunda inspiracion, inéditas ó esparcidas en periódicos, verán muy pronto la luz pública. La que pronunció en la distribucion de premios del Colegio de Minería de México, es bellísima, y abunda en una instruccion que se puede llamar enciclopédica. Insertamos á continuacion dos sonetos de esta clase. El de Judit tiene el carácter descriptivo y de pintura, que el Sr. Pesado alaba tanto, y el de la Muerte de Moises, particularmente en su último terceto, es inimitable. Moises al reclinarse en los brazos de su ángel, no muere; es la imágen del justo, que va á gozar el sueño de la paz por el tránsito del espíritu á la mansion bienaventurada.

JUDIT.

Preséntase Judit bañada en lloro
Ante Holofernes; pero en Dios confia.

Collar y mitra lleva la judía,

Y velo blanco para mas decoro;

Y anillos, que costaron un tesoro;

Sandalias con brillante pedrería;

Túnica de Sidon de gran valia,

Y en su orla cuelgan campanillas de oro.

Al mirarla el asyrio, se enamora;
 Da un banquete de asiática grandeza,
 Y embriágase en honor de la que adora.
 Dormido ya, Judit con entereza
 Coje la espada, y ántes de la aurora
 De dos golpes le corta la cabeza.

MUERTE DE MOISES.

Sube Moisés á la callada altura
 Del monte Nebo á terminar la vida,
 Y ántes mira la tierra prometida,
 Mas sin poder bajar á la llanura.
 Contempla desde allí con amargura
 La vega del Jordan, verde y florida,
 Y á Jerichó frondosa, que convida
 Con sus fuentes y rosas y verdura.
 Mira de léjos los inmensos mares,
 De Genesar el agua cristalina,
 Y bosques de manzanos y olivares;
 Y al sentir que la muerte se avecina,
 Da la última mirada á los palmares,
 Y en los brazos de su ángel se reclina.

La oracion fúnebre que en la muerte del Sr. Escobedo pronunció el Sr. Carpio en el general del Colegio de San Ildefonso en 1844, es una pieza digna de los mejores tiempos de la elocuencia romana. Entre los muchos escritos médicos que publicó en los periódicos, tradujo del latin los aforismos de Hipócrates, y del fran-

ces un opúsculo sobre auscultacion. De la Biblia del abate Vence, publicada por D. Mariano Galvan, tradujo tambien una gran parte. La tarea de traductor no es tan fácil como creen algunos, porque requiere un conocimiento pleno de los dos idiomas para comprender bien las ideas del autor, y darles la misma ó mayor fuerza léjos de tergiversarlas en la traduccion. Estas cualidades las poseyó el Sr. Carpio, y por lo mismo sus producciones en este género son tambien de gran mérito. Tuvo mucha parte en la obrita que publicó en tres tomos el Sr. Galvan intitulada: "La Tierra Santa," compuesta de las relaciones de Chateaubriand, La Martine, Michaud, el padre Guzman y otros viajeros. Esta compilacion la hizo Carpio, acompañada de un excelente prólogo, y en varias partes llenó los vacíos de su propio caudal, añadiendo muchas de sus composiciones poéticas bajo el anónimo, y manifestando un empeño modesto en aparecer solo como compilador.

Carpio era demasiado ilustrado para no ser un perfecto católico: las capacidades medianas y la instruccion superficial hacen propender á la impiedad: el talento profundo y un caudal variado de conocimientos, confirman y arraigan la fe. El sabia que esta es el límite de la razon, y esperaba la solucion de las grandes dificultades teológicas para el dia en que, libre de la envoltura de la carne, viese á Dios, "no por enigmas, sino como es en sí." *Sicuti est.* Sabia, como Broesiche, que es tal la relacion entre Dios, la religion y el médico, que sin Dios ni religion, ninguno puede llamarse exactamente médico. *Tanta est inter Deum, Religionem et Medicum conexio, ut sine Deo et Religione nullus exactus Medicus esse queat.*

Así es que, la vida de Carpio fué una incesante práctica de las virtudes cristianas, y una continua prueba de la firmeza de su fe. Todas sus composiciones revelan la piedad, y la humilde y sincera creencia de un católico. Su tierna devoción á la Virgen Santísima la manifiestan sus composiciones á la Concepcion, á la Anunciacion, á María Dolorosa y otras. ¡Signo, segun los Santos Padres, el mas seguro de predestinacion!

Tocóle á Carpio, como á todos los mexicanos sus contemporáneos, atravesar desde su adolescencia por el mar tormentoso de las pasiones políticas, agitadas á veces con horrible furor, y cuando es muy difícil no perder el timon y hallar el justo medio; mas á pesar de que él rehuía mezclarse en la política, el torbellino revolucionario llegó á arrebatarse alguna vez. En el año 1828 se vió precisado á salir de Veracruz, su Estado, y refugiarse en Puebla, á consecuencia de una persecucion política. Carpio, no obstante, fué en política como en todas sus cosas, mesurado, prudente, de un carácter conciliador: queria la libertad sin licencia, el orden sin opresion.

Amante del progreso intelectual y moral de las ciencias y de la política, adoptó por conviccion los grandes principios que el mundo ha conquistado á costa de tantos rios de sangre, y venciendo tan grandes resistencias. "Nunca se le ha visto, decia el Sr. Pesado, de parte del poder cuando ha sido injusto, ni de parte de la multitud cuando ha sido turbulenta." Puede aplicársele con toda exactitud, lo mismo que él decia de Escobedo, "que no habia nacido con alma de tribuno, ni tampoco de pretoriano . . . que si hubiera vivido en la antigua Roma, no habria sido amigo de los Gracos, ni tampoco de

Lucio Syla." Y no se crea por esto que fuese un egoista indiferente, como muchos, á la suerte de su patria, ó que lisongeando á todo partido, mantuviese un equilibrio interesado: patriota como el mas ardiente, le afectaban profundamente los males del pais. En la inmensa desgracia nacional, cuando en la invasion norteamericana vió flamear en el Palacio Nacional la odiada bandera enemiga y por tierra el pabellon tricolor, pensamiento feliz del libertador de México y emblema de sus elementos constitutivos, exhala su alma transida de un profundo pesar en su poesía intitulada "México en 1847:"

¡Quién me diera las alas de paloma,
Para cruzar los montes y los rios,
Los mares nebulosos y bravíos,
Y llegar hasta el lago de Sodoma!

.....
Quiero pisar las playas del mar Rojo,
Y la arena del bárbaro desierto,
Y andar vagando con destino incierto,
Y allá ocultar mi llanto y mi sonrojo.

Este es el canto del ruiseñor despedazado por el gavilan, es el rugido de la leona privada de sus cachorros por el cazador, es la lamentacion de Jeremías en Babilonia sobre las ruinas de Jerusalem; es, en fin, la expresion de cuantos honrados mexicanos desean la muerte antes que sobrevivir á la ignominia. Los últimos sucesos políticos influyeron sin duda en un corazon tan sensible como el de nuestro Carpio, y sin temor de equivocarnos, podemos decir, que habiendo gozado siem-

pre de buena salud, la tension de su espíritu le ocasionó el reblandecimiento cerebral que dió fin á sus dias.

Modelo de virtudes religiosas y cívicas, lo fué tambien de las domésticas. Casó en el año de 1827 con la excelente Sra. D.^a Guadalupe Berruecos, hermana del Sr. Lic. D. Rafael, conocido en el país por su instruccion y por los puestos públicos que desempeñó. Educando á sus hijos con discrecion y con los mejores ejemplos de virtud, vivieron unidos en una envidiable paz conyugal, hasta el año de 1856, en que falleció la señora. Carpio cultivó sus relaciones de amistad, con la franqueza propia de su carácter; y aunque de aspecto grave y circunspecto, no por esto era ménos amable; su conversacion, variada, amena é instructiva, deleitaba, y enseñaba con el *utili et dulci* de Horacio. Jamas hubo quejoso por ofensa que de aquel hubiese recibido de obra ni de palabra, y manifestaba su disgusto siempre que en su presencia se hablaba mal de alguno.

Tan morigeradas costumbres mantuvieron en él hasta su edad avanzada una buena salud y el libre ejercicio de sus funciones físicas é intelectuales. Mas los sucesos públicos que tanto le afectaron, como llevamos dicho; la muerte de su señora esposa y la de su hermano político el Sr. Berruecos, acaecida en Enero de 1859, que él sintió en extremo, alteraron visiblemente su moral, lo que junto á la actividad de su vida intelectual, fueron las causas predisponentes que le acarrearón el ataque cerebral, calificado por los médicos de reblandecimiento agudo, que le acometió dos meses despues el mismo año de 1859. Los cuidados asiduos, tanto de medicina como de asistencia, le restablecieron; pero sus centros nerviosos quedaron lastimados: su memoria, po-

tencia intelectual la mas fugaz y que habia sido tan brillante en él, decaía visiblemente. La torpeza de sus movimientos, los dolores que le atormentaban horriblemente, los continuos insomnios, los presentimientos de una cercana muerte, y sobre todo, su conciencia, que delicada siempre, llegó á ser escrupulosa en sus últimos dias, lo pusieron en un estado penoso, con el que Dios quiso probarlo y purificarlo; de manera, que se hubiera podido decirle, como San Rafael al anciano Tobías: "porque eres acepto á Dios, fué necesario que la tribulacion te probase."

Plugo á Dios, por fin, sacarlo de esta situacion, y en la tarde del 11 de Febrero del presente año de 60, atacado de nuevo de su enfermedad, sin que bastasen cuantos enérgicos y adecuados remedios le aplicaron los médicos, que tanto se interesaban en su conservacion, falleció á las cinco y media de la mañana del 12, habiendo recibido con voluntad bien manifiesta, aunque privado del uso de la palabra, los auxilios espirituales compatibles con su estado. Cuando el sol alumbraba el nuevo dia, los hijos, los deudos, los amigos, contemplaban atónitos y mudos de dolor aquella lumbrera apagada por el cierzo de la muerte, aquella frente lívida, ántes depositaria de una privilegiada inteligencia; en una palabra, el cadáver del hombre para ellos tan querido.

Esparcida al momento por toda la ciudad la noticia de su fallecimiento, sorprendió á cuantos le habian encontrado el dia ántes en las calles, causándoles una impresion profunda por el aprecio de que era objeto universal. La Escuela de Medicina, que lo reconocia como uno de sus fundadores, por conducto de su digno director el Sr. D. Ignacio Duran, dispuso se le hiciese la

parentacion debida. En consecuencia, fué trasladado su cadáver el lunes 13 por la noche á la capilla de la citada Escuela, en donde continuamente fué velado por los alumnos, y se celebraron misas en los cuatro dias que estuvo allí depositado. En la tarde del viérnes, á las cuatro, salió el cortejo fúnebre acompañando el cadáver, cargado por los alumnos, hasta la iglesia de San Fernando, yendo todos á pié en señal de estimacion, sin embargo de la larga distancia que media.

La concurrencia del cortejo, presidida por los Sres. Rector de la Universidad y Director de la Escuela, fué una de las mas numerosas que pudiera verse.* Compu-siéronla los Colegios, Universidad, Academia de San Carlos, profesores de Medicina y de todas ciencias, empleados del gobierno, varios Sres. Generales, Ministros de la Suprema Corte de Justicia, y otras muchas personas distinguidas, de todos géneros, clases y opioniones políticas: luto universal y sincero, movido solo del amor y aprecio general de que gozaba el ilustre difunto.

Llegado á San Fernando, fué recibido á la entrada del atrio por el Consejo Superior de Salubridad con cirios encendidos en la mano, y por la venerable comunidad del convento. Dos de los miembros del citado Consejo cubrieron la caja con un paño negro orleado de fleco y con borlas, en el cual en letras bordadas se leía: "El Consejo Superior de Salubridad." Otras muchas personas distinguidas aguardaban tambien en la Iglesia.

Colocado el ataúd en el túmulo profusamente iluminado, se entonó el oficio llamado Vigilia, con música

* El periódico titulado *La Sociedad*, la regula en mas de 300 personas, y añade, que de los coches que seguian la comitiva, los últimos irian por la calle de San Andres, cuando el ataúd llegaba al atrio de la iglesia.

compuesta al intento, por el célebre maestro mexicano D. Cenobio Paniagua, amigo y compadre del Sr. Carpio, y ejecutada por los mas hábiles profesores, gratuita y espontáneamente, en señal tambien de estimacion y aprecio. Luego que concluyó ésta, despues de las siete de la noche, fué llevado el cadáver por los mismos alumnos al Panteon, donde se colocó sobre una mesa frente de la tribuna, dispuesta con anticipacion, para que en ella se pronunciaran las composiciones literarias análogas, y la ocuparon sucesivamente los Sres. D. Francisco Ortega por la Escuela de Medicina, D. José María Reyes por el Consejo Superior de Salubridad, Dr. D. Miguel Jimenez por la Sociedad Médica de Beneficencia, D. Fernando Leguía por la Academia de Medicina. Estos cuatro señores pronunciaron sus discursos en prosa; y leyeron composiciones poéticas los Sres. D. Luis G. Ortiz, Sr. Vieira, Sr. Bandera, Sr. Ponce, Sr. Fernandez, Sr. Romero y el Sr. Malda.

Lo avanzado de la hora, el cansancio consiguiente á travesía tan larga, y la permanencia de pié en el Panteon, impidieron á otros muchos amantes del Sr. Carpio recitar allí sus composiciones; pero el Consejo ya ha recibido muchas, que unidas á las anteriores, inserta en la Corona Fúnebre presente, que como hemos dicho, se publica de su orden y á su nombre.

Nada dirémos sobre las composiciones referidas, aunque algunas de ellas nos parezcan de mérito, porque, lo primero, ¿quiénes somos para calificarlas? y lo segundo, el Espíritu Santo nos lo prohíbe, por el sagrado libro del Eclesiástico. *Ante mortem ne laudes hominem quemquam.* No alabes á ningun hombre ántes de su muerte.

Después de las ocho de la noche descendió á la fosa el cadáver del Sr. Carpio. En este lugar santo y augusto, por la bendición de la Iglesia, aguardan sus mortales despojos la voz poderosa de la trompeta final, á cuya vibración sus huesos áridos se juntarán á sus coyunturas, se cubrirán de nuevo con carne y piel, y su espíritu volverá á animarlos para hacerlos partícipes de la eternidad feliz, que esperamos con fe y esperanza cristiana disfrutará, haciendo parte de aquel cuerpo místico y glorioso, cuya cabeza es Cristo y que reina juntamente con él. *

Como todo interesa en las biografías de los grandes hombres, damos aquí noticia de su cognación y parentela: fueron sus hermanos, siguiendo el orden de su nacimiento, D. Andres, militar que murió honrosamente en una expedición que salió de la Habana por orden del gobierno español, para apaciguar la rebelión de los negros de Santo Domingo que había cundido de la parte francesa á la española de la isla; D. José María y D. Antonio, que fueron comerciantes; D. Alejandro, que fué hombre de gran capacidad y conocimientos, hizo su carrera en Puebla, siendo colegial del Colegio Mayor de San Pablo de aquella ciudad y primer catedrático de Matemáticas de su Seminario Palafoxiano, nombrado por Puebla en unión del Sr. Berruecos, ya citado, diputado al Congreso Constituyente; están ambos firmados en la Constitución federal de 1824, y Carpio fué miembro de la comisión encargada de redactar la dicha Constitución. Víctima de las conmociones políticas, murió pobre y oculto, por la persecución, en el

* La Nacional y Pontificia Universidad celebró sufragio de honras el lunes 20 siguiente, que ofició el Sr. Dr. D. Ladislao Pascua, y tuvo la asistencia conveniente.

año de 1829. Su habilidad filarmónica en el instrumento llamado guitarra, fué extraordinaria, y lo constituyó el primero de su época. D.^a Carmen murió doncella. D.^a Juana casó con D. Joaquin Hidalgo. D. Carlos, religioso dominico de la Provincia de Puebla, fué lector de Teología en su Orden, y gozó fama de predicador; se secularizó, y hoy se encuentra en México. A éstos siguió D. Manuel, de quien tratamos, y D. Ignacio, que murió. Sus hijos son, colocados en el mismo orden de nacimiento: D.^a Guadalupe, casada con D. Martin Mayora, profesor de Farmacia; señora que ha sobresalido en el noble arte de la pintura. D. Carlos, recibido de abogado. D. Manuel, profesor de Medicina. D. Angel, que actualmente cursa la Escuela de Medicina, y D.^a Asuncion, que permanece vírgen, y cuenta 17 años de edad.

MANUEL BERGANZO.

JOSÉ MARÍA MARROQUI.

El "Diario Oficial" anunció su muerte de la manera siguiente:

"DEFUNCION.—Tenemos el sentimiento de anunciar la muerte del Sr. D. MANUEL CAPIO, acaecida en la madrugada de antes de ayer.

"Célebre como poeta religioso y filósofo, el Sr. Carpio será llorado por los amigos de las bellas letras, y su nombre será un título de orgullo para México, cuya literatura le es deudora de importantes servicios. Muchos de nuestros jóvenes poetas debieron á sus consejos y á sus lecciones, el nombre que hoy tienen; ellos irán, como nosotros, á poner una flor sobre la tumba del memorable anciano, á cuya memoria consagramos estas líneas, como un homenaje de amor y de respeto.

"¡Séale la tierra leve!"



CEREMONIAL

QUE DEBERÁ OBSERVARSE

EN EL ENTIERRO DEL CADÁVER

DEL SR. CARPIO.

La comitiva, para conducir el cadáver al Panteón, se arreglará por el maestro de ceremonias del modo siguiente:

- 1.º Pobres del Hospicio.
- 2.º Cadáver, acompañado inmediatamente, y conducido por los alumnos de Medicina: se cuidará de que entre los conductores, que se relevarán al fin de cada calle pequeña, ó á la mitad de cada calle grande, vayan tres alumnos internos.
- 3.º Los alumnos de la Academia de San Carlos y de los Colegios nacionales que concurren, mezclados indistintamente.
- 4.º Los catedráticos de los Colegios que se sirvan asistir y los de la Academia de San Carlos.
- 5.º Las personas particulares.
- 6.º Los individuos de la Junta de gobierno de la Academia de San Carlos, los catedráticos de la Escuela de Medicina y los doctores de la Universidad, mezclados.

7.º El Sr. Rector de la Universidad, el Sr. Inspector general de estudios y el Director de la Escuela de Medicina, que presidirán el duelo.

Si concurriese alguno de los Sres. Ministros de Estado, oficiales mayores de las Secretarías, ó Magistrados de la Suprema Corte de Justicia, se colocarán también en el sitio de la presidencia.

8.º Inmediatamente despues, vendrá el carro fúnebre, y tras éste los coches de respeto, colocados indistintamente; pero cuando fueren llegando á la Escuela, se situarán despues que sus dueños los desocupen, uno en pos de otro, en las calles de la Perpetua y Cervatana.

9.º La comitiva seguirá el derrotero que á continuación se expresa:

- 1.º Plaza de Santo Domingo, del lado de la Aduana.
- 2.º 2.ª calle de Santo Domingo.
- 3.º 1.ª idem de idem.
- 4.º Calle de Tacuba.
- 5.º Idem de Santa Clara.
- 6.º Idem de San Andres, hasta San Fernando.

Luego que termine la funcion religiosa en San Fernando, y que los padres se retiren, se colocará el cadáver en una mesa destinada al efecto en el Panteon, y el maestro de ceremonias llamará á los oradores en el órden siguiente:

- 1.º Escuela Nacional de Medicina.
- 2.º Nacional y Pontificia Universidad.
- 3.º Consejo Superior de Salubridad.
- 4.º Academia Nacional de San Cárlos.
- 5.º Sociedad de Beneficencia Médica.
- 6.º Academia de Medicina.

DISCURSOS Y POESÍAS

PRONUNCIADAS EN EL

PANTEON DE SAN FERNANDO,

EN LOS FUNERALES DEL SR. DR.

D. MANUEL CARPIO.

El Sr. D. Francisco Ortega,

Por la Escuela de Medicina.

SEÑORES: Hemos aquí congregados para depositar en su última morada los restos mortales de un compañero, de un maestro, de un amigo, con quien tantas veces nos hemos reunido en momentos de felicidad, en reuniones científicas, ó en conversaciones amistosas, amenas é instructivas. La muerte lo ha arrebatado de nuestro lado repentinamente, sin dejarnos el consuelo de darle el último adios, de apretarle por última vez su querida mano. Y qué! ¿será posible que en medio de nuestro duelo, el sol nos alumbre con su brillo acostumbrado, los días se sucedan con el órden establecido por el Creador, y toda la naturaleza marche imperturbable, observando las leyes que tiene marcadas? Sí, la naturaleza no se ha conmovido sino á la muerte del Hombre-Dios, del Salvador del mundo; pero los hombres eminentes por su santidad, por su saber, por su amor á sus semejantes, han desaparecido y desaparecerán,

y entretanto la naturaleza continuará su marcha inalterable, los astros seguirán recorriendo sus órbitas, y los seres orgánicos reproduciéndose y multiplicándose. Sin embargo, ese mismo Creador que ha fijado sus sabias é inmutables leyes, nos ha dado un corazón para sentir, y el don de la palabra para expresar y aliviar nuestro dolor; y mientras el mundo exista, el padre llorará á su hijo, el hijo al padre, el amigo al amigo, y todos al hombre sabio y benéfico, cuyas virtudes y relevantes cualidades le son conocidas. Henos aquí reunidos al rededor del sepulcro que debe ocultar para siempre de nuestra vista los restos de nuestro amado amigo; y mientras sus desconsolados hijos, en la orfandad, lloran en el hogar doméstico en que todavía parece presidir el padre que lo habitaba, nosotros, haciendo sus veces, venimos á cumplir con un triste deber que produce en nuestra alma una conmocion, que la de sus hijos no tendría fuerza para resistir.

El Sr. D. Manuel Carpio era un hombre no comun: dotado de un talento claro y profundo, amante de la verdad y del saber, no se contentó con estudiar una sola ciencia. Además de la medicina, que siempre fué su estudio favorito, se dedicó con empeño en sus ratos de ocio, á la bella literatura y á la historia: enriqueció también su espíritu con conocimientos no vulgares en astronomía, geología y antigüedades; habiendo hecho también en su juventud un estudio especial de la teología.

Como médico, respetado y considerado por sus compañeros, tenía una erudicion profunda, y se hallaba constantemente á nivel de los progresos de la ciencia. Muy sensible á las desazones que acompañan al arte de curar en la cabecera del enfermo, se habia alejado poco á poco de la práctica civil, y al fin asistia casi solamente á algunos amigos, que apreciaban en su debido valor su mérito; así es, que tenia tiempo para entregarse á sus lecturas, á sus estudios y á sus meditaciones. Fué uno de los primeros que publicó un tratado, en union del Sr. D. Joaquin Villa, sobre la auscultacion; uno de los primeros también que se ocupó de los estudios microscópicos, en época en que apenas eran conocidos en México, y despertó la curiosidad de sus compañeros hácia este importante estudio. Admirador del ilustre Magendie, leia sus obras con avidez,

y lo seguia en sus descubrimientos, procurando vulgarizarlos entre sus discípulos en la cátedra de Fisiología, que desempeñaba dignamente en la Escuela de Medicina. Respetado por sus conocimientos, se le buscaba con empeño para todas las reuniones científicas de medicina, habiendo pertenecido á las principales academias médicas que han existido en el país, contribuyendo á todas las publicaciones del mismo género que se han hecho en México, y siendo uno de los individuos de la Facultad Médica y Consejo Superior de Salubridad, de que actualmente era vice-presidente.

En las bellas letras, basta leer cualquiera de sus composiciones para descubrir su mérito no comun. Al principio de su carrera literaria, su musa se ocupaba de asuntos variados; pero su espíritu, amante de lo verdadero, de lo grande, de lo sublime, se ocupó al fin, casi exclusivamente, de asuntos sagrados, en los que expresaba pensamientos grandiosos á la vez que llenos de ternura, adquiriendo de este modo la fama de poeta religioso. Su instruccion en este ramo, sus conocimientos en la lengua castellana, la maestría con que la manejaba y su justa crítica, lo llamaron á ocupar un lugar distinguido en las Academias literarias que han existido, y le atrajeron el respeto y la amistad de todos los literatos distinguidos del país.

En fin, sus conocimientos variados y su capacidad lo llevaron á ocupar otra multitud de puestos elevados, habiendo sido miembro en diversas ocasiones de la representacion nacional, socio de diversas academias científicas, y formado parte últimamente de la junta directiva de la Academia de Bellas Artes de San Carlos.

Difícilmente podria enumerar todos los puestos honrosos que ha ocupado en el curso de su carrera científica, y todos los servicios que ha prestado á la ciencia y á la literatura; quédese esto para una biografía, cuya publicacion está exigiendo su mérito: nosotros, entretanto, lloremos su pérdida; pero consolémonos recordando sus virtudes como médico, como ciudadano, como padre de familia, como hombre, en fin. Respetado desde su niñez por sus amigos, á causa de la pureza de sus costumbres, de su honradez á toda prueba, de su religiosidad, jamas salia de su boca una palabra licenciosa; jamas se descubria un pensamiento irreligioso; al contrario, res-

petaba siempre todo lo santo y bueno. Esta era su principal ciencia y la que le atraía el respeto de todos los que se le acercaban: sí, señores, convencido de que la *verdadera sabiduría* consiste en cumplir el fin con que el hombre ha sido puesto en la tierra, procuró durante toda su vida, arreglar sus acciones á sus deberes, y se consagró á prepararse al fin de ella á ese terrible día cuya proximidad tenía ante los ojos, y que nosotros actualmente deploramos: así es que la muerte no lo sorprendió desapercibido, y debemos consolarnos, pensando que en el momento presente ha recibido el premio debido á sus virtudes.—DICE.

El Sr. D. José María Reyes,

Por el Consejo Superior de Salubridad.

SEÑORES: El Consejo Superior de Salubridad, profundamente conmovido por la irreparable pérdida de su Vice-presidente, se asocia á este fúnebre cortejo, y viene á regar con su llanto la tumba de su socio. Después de haber cumplido su destino en la tierra, su alma voló al mundo de las recompensas; su nombre quedó inscrito en el templo de la Inmortalidad, y su grata memoria permanecerá indeleble en el corazón de los que lo conocieron, porque el golpe que la muerte descarga sobre la cabeza de los hombres superiores, hiere solo á la sociedad en que viven.

De recto corazón y de capacidad privilegiada, el Sr. Dr. D. Manuel Carpio consagró toda su vida á la práctica de las virtudes y á ilustrar su entendimiento con los conocimientos mas útiles y variados: el estudio profundo de la Filosofía, el de los diversos ramos de las Bellas Letras, el de la Historia, el de la Medicina y

Ciencias naturales, fueron el objeto constante de sus elucubraciones. Y esta noble riqueza de ideas, que solo dan la dedicacion, el estudio y las profundas meditaciones, fué el abundante caudal que se propuso distribuir en la sociedad de su país, la herencia que dejó á la juventud estudiosa y el auxilio que prestó á la humanidad. Sabía que el hombre, como la naturaleza, no debe esconder egoísta sus tesoros sin provecho de los demás, y como la naturaleza que da el calor, la luz, la vegetación y sus innumerables riquezas para todos, Carpio daba sus consejos, sus lecciones, sus escritos para ilustrar al público: ahí está una de sus obras en esa Escuela de Medicina, que diariamente sigue una marcha progresiva de adelantamientos, y que fué fundada por él, por Escobedo y otros hombres respetables que viven aun; ahí están sus escritos médicos, sus lecciones de Fisiología y sus diversos trabajos literarios. Su paso en el mar borrascoso de la vida ha sido tranquilo, pero fructuoso, y no ha desaparecido de ella, como tantos otros, sin dejar una huella de luz en su camino.—En la tumba comienza la inmortalidad, y los que conocieron y admiraron el mérito del Sr. Carpio, vienen á colocar sobre su sepulcro una corona inmarcesible. Yo, débil intérprete del Consejo Superior de Salubridad, traigo la pequeña ofrenda de una flor, que las lágrimas del dolor han marchitado.

El Sr. D. Miguel Francisco Jimenez,

Por la Sociedad de Beneficencia Médica.

La Sociedad Médica de Beneficencia me encarga venir en su nombre, á tomar en esta manifestacion de duelo público la parte que justamente le corresponde en el sentimiento general que ha producido el fallecimiento del Sr. Dr. D. Manuel Carpio.

El nombre mismo de aquella Asociación, que tuvo la honra de contarle entre los primeros que pusieron mano á la obra de filantropía á que se consagra, revela por sí solo que el sabio distinguido, cuya pérdida lloramos, supo hermanar y hacer fructuosos los tesoros de su inteligencia privilegiada con los sentimientos verdaderamente humanos del corazón, porque habia comprendido que en el médico, mas que en otro alguno, son absolutamente estériles, nada valen, las dotes mas elevadas del espíritu, si no florecen y fructifican bajo la influencia benéfica de la caridad cristiana.

Los que venimos admirando, casi desde nuestra cuna, la prodigiosa fuerza intelectual del Sr. Carpio; los que bebimos en la fuente abundantísima de su saber extraordinario; los que le hallamos á nuestra vez firme en su puesto de honor, trabajando hasta el último momento en la obra de propaganda, que por cerca de treinta años ha absorbido los esfuerzos de los que aman la gloria y el buen nombre de la ciencia y de la patria, no queremos ser los últimos de los que hoy se acercan á la tumba del Sr. Carpio á darle el postrer adios, á rendirle el homenaje de admiración que inspiran sus virtudes, y á implorar en su favor las misericordias de un Dios, que él adoraba con la fe ardiente y sincera de cristiano, y cuya gloria y poderío tambien cantaba con el entusiasmo sublime y religioso del poeta que buscó su inspiración divina en la fuente sagrada de los Libros Santos.

El Sr. D. Fernando Leguía,

Por la Academia de Medicina.

¡Qué precario es, señores, el destino del hombre sobre la tierra! Hace apenas una semana que la familia, la amistad, la sociedad, las letras, contemplaban en el malogrado Sr. Dr. D. Manuel Car-

pio, al padre cariñoso, al amigo consecuente, al honrado ciudadano, al entusiasta é inteligente colaborador, cuando un ataque fulminante ha venido á privarnos de tan apreciable compañero, dejando frustrados los consuelos y las esperanzas de todos. Unas cuantas horas han bastado para producir tan trágica y lamentable transformación; unas cuantas horas han bastado para poner entre el finado y nosotros la distancia de un mundo entero. La prueba de tan amarga verdad la tenemos á la vista. Buscamos ansiosos á nuestro ilustrado colega de la Academia de Medicina, y no encontramos otra cosa que sus frios restos, que nos guarda ese enlutado ataúd.

Encargado yo de ser el intérprete de los sentimientos de mis compañeros de academia en tan solemne ocasión, ¿qué podré decir en merecido elogio de nuestro socio perdido? Confieso, señores, que mi acento es muy débil, mi suficiencia ninguna, para corresponder dignamente al objeto que se me tiene encomendado. Afortunadamente que, apreciadores justos del distinguido mérito literario y de las virtudes del Sr. Carpio, han sabido en este día colocar su memoria á la altura que corresponde á un hombre, bajo todos conceptos, eminente.

Refiriéndome por mi parte á las tareas de nuestra científica Asociación, poco necesitaré esforzarme para poner de manifiesto cuánto contribuyó á su realce, cuánto á la ilustración de las materias intrincadas por su naturaleza, tan comunes en nuestra delicada profesión. Tan respetado por su saber, como considerado por su simpático y afable trato, era escuchada su opinión con aquella benevolencia que inspira el convencimiento, porque el convencimiento iba comunmente acompañado á los raciocinios del Sr. Carpio. Diferentes ocasiones, recordamos, en que tratándose de materias que se enlazaban con la parte de la enseñanza que le estaba encomendada en la Escuela de Medicina de esta capital, esto es, en el estudio de la fisiología humana, los profundos conocimientos del Sr. Carpio en este ramo vinieron á poner término á la sesión y á fijar las ideas. Mesurado en la discusión, desenvolvía un pensamiento, sin nunca apasionar la cuestión, sin herir susceptibilidades ajenas; y de este modo pudo prestar servicios señalados á la ciencia.

cia, y fomentar una laudable emulacion entre los miembros de la Academia. Dotado de una circunspeccion poco comun, jamas se le vió aceptar, con la precipitacion del iluso, una idea nueva, un nuevo descubrimiento, por seductor que fuera, sin hacerlo ántes objeto de serias meditaciones; y por eso, de nadie puede decirse ménos que del malogrado compañero, cuya pérdida lamentamos, que fuese eco de opiniones ajenas, ni servil imitador de pomposos pensamientos.

Mas una vida tan laboriosa y por tanto tiempo prolongada, no podia correr impunemente; sobre todo, cuando en los últimos años se habian agrupado sucesos que, si pasan desaperecidos sobre las almas vulgares, produjeron en la fibra sensible de nuestro desgraciado amigo, ancha herida, que preparó la catástrofe desconsoladora que estamos presenciando. Sí, ya no existe, repetimos todos: sobre esa cabeza, asiento no ha mucho de tan profunda y variada instruccion, tiene fijada su residencia la muerte.

Cumple á nuestro deber, cumple á nuestra gratitud, elevar nuestras preces al cielo, desde donde nos está escuchando sin duda.

FERNANDO LEGUÍA.

EN LA MUERTE

DEL

SR. D. MANUEL CARPIO.

En el sacro recinto de las tumbas,
Dó no se atreve á penetrar cuitada
La horrible voz de la pasion menguada,
Ni la torpe lisonja que el torcido
Cuello al poder y á la riqueza humilla,
Mi lánguido gemido
Si no grande y sonoro,
Sí puro se alzaré bañado en lloro.

La musa de mi patria dolorida
Solloza y viste funerales galas,
Su frente inclina en la funesta losa,
Y triste plega las entrambas alas!

No con falso dolor el labio mio
Llega á turbar tu sepuleral reposo;
Que entusiasta mi espíritu sombrío
Siempre admiró tu genio poderoso.
Acoje, pues, mi dolorido llanto:
Vivo te respeté, muerto te canto!

cia, y fomentar una laudable emulacion entre los miembros de la Academia. Dotado de una circunspeccion poco comun, jamas se le vió aceptar, con la precipitacion del iluso, una idea nueva, un nuevo descubrimiento, por seductor que fuera, sin hacerlo ántes objeto de serias meditaciones; y por eso, de nadie puede decirse ménos que del malogrado compañero, cuya pérdida lamentamos, que fuese eco de opiniones ajenas, ni servil imitador de pomposos pensamientos.

Mas una vida tan laboriosa y por tanto tiempo prolongada, no podia correr impunemente; sobre todo, cuando en los últimos años se habian agrupado sucesos que, si pasan desaperecidos sobre las almas vulgares, produjeron en la fibra sensible de nuestro desgraciado amigo, ancha herida, que preparó la catástrofe desconsoladora que estamos presenciando. Sí, ya no existe, repetimos todos: sobre esa cabeza, asiento no ha mucho de tan profunda y variada instruccion, tiene fijada su residencia la muerte.

Cumple á nuestro deber, cumple á nuestra gratitud, elevar nuestras preces al cielo, desde donde nos está escuchando sin duda.

FERNANDO LEGUÍA.

EN LA MUERTE

DEL

SR. D. MANUEL CARPIO.

En el sacro recinto de las tumbas,
Dó no se atreve á penetrar cuitada
La horrible voz de la pasion menguada,
Ni la torpe lisonja que el torcido
Cuello al poder y á la riqueza humilla,
Mi lánguido gemido
Si no grande y sonoro,
Sí puro se alzaré bañado en lloro.

La musa de mi patria dolorida
Solloza y viste funerales galas,
Su frente inclina en la funesta losa,
Y triste plega las entrambas alas!

No con falso dolor el labio mio
Llega á turbar tu sepuleral reposo;
Que entusiasta mi espíritu sombrío
Siempre admiró tu genio poderoso.
Acoje, pues, mi dolorido llanto:
Vivo te respeté, muerto te canto!

Yo niño, sí, muy niño,
 Era cuando la fama
 Tu nombre me enseñó. Yo que la llama
 En mi fogoso corazón sentía
 De dulce inspiración, la vista mía
 Fijando ansioso en tus austeros cantos,
 Sentí nublarse en amorosos llantos.

Me estremecí mirando de Sodoma
 La horrible destrucción; de Abel la muerte
 El ánimo oprimía,
 Y la terrible suerte
 De Baltazar y de su corte impía.

De los Olivos en el monte triste
 Sentí crudos tormentos,
 Y mas cuando tu nùmen soberano
 Me arrebatara al Gòlgota sangriento.

¡Oh cantor inmortal! sagrada lira
 Pusó en tus manos bondadoso el cielo:
 La ciencia bienhechora
 Con su divina luz bañó tu frente,
 Y tu Criador te dijo:
 "Dale salud al cuerpo que la implora;
 Dale consuelo al ánimo doliente:"

Y escuchaste su voz; virtud sagrada
 Tu generoso corazón regia,
 Oh! bendito mil veces quien del cielo
 Misión tan santa practicar debía!

Ah! si por un momento
 Entreabrir puedes á la luz tus ojos,
 Goza al mirar en torno á tus despojos
 Como se agrupan la piedad, la ciencia
 Y la santa amistad. Todos llorando
 Tu nombre dicen y en tu losa riegan,
 Palmas, laurel y lágrimas y flores.

Mira en torno de tí, cuál sollozando
 Llega la juventud á quien mostrabas
 La senda del saber, y que llevabas
 Con firme planta á conquistar la gloria;
 Mirala suspirar puesta de hinojos,
 Dila que la guiarás desde tu altura,
 Y tras este consuelo
 Por siempre cierra los nublados ojos.

Mas no voz de dolor, himnos de triunfo
 Nos pide la virtud; venid, amigos,
 Ayudad á mi voz, y verdes lauros
 Ornen la losa que el dolor circunda,
 Y en alas de la Fama
 Su nombre por el orbe se difunda!

Magnífico en Oriente
 Quiso el Criador se alzara en cada día
 El espléndido sol, y que su frente
 Al declinar la tarde,
 A hundirse fuera tras la mar hirviente:
 Tal tú, noble poeta,
 Modelo de virtud, faro de ciencia,
 Llegaste á tu zenit, nos alumbraste,
 Y tranquilo, al llegar de tu existencia
 Al refulgente ocaso,
 Magnífico y glorioso te ocultaste;
 Mas dejando un raudal de luz divina
 Que eternos tus laureles ilumina.

Así lo quiso Dios! no mas quebranto
 Nuble los ojos, ni interrumpa el canto,
 Que ya rotos los grillos
 Mundanos que á la tierra te ligaran,
 Nuestro cristiano corazón presiente,
 Gozando dulce y celestial consuelo,
 Que ya en el sacro y soberano cielo
 Alzas feliz la venerable frente!

México, Febrero 14 de 1860.

L. G. ORTIZ.

EN LA TUMBA

DE MI QUERIDO MAESTRO

El Sr. Dr. D. Manuel Carpio.

SONETO.

¿No veis esa mujer cándida y pura
Que en lecho funerario está tendida,
Y que ostenta en su faz descolorida
La fatal impresion de la amargura?

Era una madre: negra desventura
Le arrebató su prenda mas querida,
La que formó la dicha de su vida,
El hijo que adoraba con ternura.

Esa madre es la ciencia: su hijo amado
Es CARPIO el sabio, que descansa yerto:
Ella de pena sucumbió á su lado;

Yo á su tumba llegué con paso incierto,
Y esta verdad hallé desconsolado:
Murió la ciencia, porque CARPIO ha muerto.

México, Febrero 17 de 1860.

SIXTO VIEYRA.

ELEGIA.

EN LOS FUNERALES DE MI RESPETABLE MAESTRO

EL SR. D. MANUEL CARPIO.

Vale in æternum!

Al ausentarte para siempre un dia
De esta mansion de lloro,
¿Dónde, dónde dejaste el arpa de oro,
Cuya dulce armonía
Desatada en sentidas vibraciones,
El alma conmovia,
Llenándola de santas emociones?
Oh! si en mi amargo duelo
Pudiera yo pulsar esa arpa de oro,
No mi cantar mezquino,
Sí un cántico sonoro,
Tierno, digno de tí, te enviara al cielo,
Donde moras con Dios, ¡Cantor divino!

Hay despues de esta vida, donde abunda
El llanto y la miseria,
Otra vida mejor adonde el alma
En placeres purísimos se inunda;
Una mansion de sempiterna calma,
Que al hombre temerario
Que ingrato le ofendiera,
Dios mismo destinó cuando muriera
Clavado en una Cruz sobre el Calvario.

Allá habitando estás, allá te mira
De la fe con la luz iluminada
El alma consolada;
Y allá á las notas del celeste coro
Se unen las melodiosas de tu lira,
Y un cántico sonoro
Elévase de Dios en la presencia,
Que ensalza su poder y su clemencia.

Este dulce consuelo que dimana
De una creencia que la fe cristiana
Tan solo inspirar puede,
No impedirá que en la mansion del luto,
Delante de tus fúebres despojos,
Al darte el postrer vale,
Derramen una lágrima mis ojos,
De amor y gratitud tierno tributo.

México, Febrero 17 de 1860.

JOSÉ MARÍA BANDERA.

EN LA MUERTE

DEL SR. DR.

D. MANUEL CARPIO.

No le plugo al Señor darme una lira
Para cantar su gloria y mi tormento:
Mi voz por eso al modularla expira;
Y me falta el aliento.
Pero hoy brota en mi alma un sentimiento
De gratitud, y mi dolor me inspira.

Cumple un deber mi corazón ardiente!
Por el que fuera un padre cuidadoso,
Maestro que animaba diligente

Al que cruza el sendero de la ciencia
Desierto y escabroso;

Por el poeta que gimió doliente
Las terribles desgracias de la patria.

Si no soy digno de entonar un canto,
Al ménos permitidme

Moje sus restos con mi acerbo llanto.

Llorad por el que fué leal amigo,
Sabio sin vanidad, noble poeta

Que halló en la religion calma y abrigo:
Yo al maestro que perdí lamento:

Ardiente juventud, llora conmigo.

Cuando acaso la duda, el desaliento,
 Nuestras pálidas frentes abatía,
 Y bogaba cansado el pensamiento
 En negros mares sin timon ni guía,
 Sobre la voz de tempestad bravía
 Ayl la suya escuchamos con anhelo,
 Y sus palabras que la fe dictaba,
 Pronto calmaron tan mortal desvelo;
 Que en medio nuestras dudas nos hablaba
 Del Hombre Dios que nos legara el cielo.

Oh! bendito mil veces el poeta,
 Que con su acento poderoso calma
 Nuestra mortal agitacion secreta!
 ¡Gloria al que consagrara su existencia
 A calmar del humano los dolores,
 Y evitar los abrojos de la ciencia
 Para mostrarnos solamente flores.
 Hasta el último dia,
 Que se agitó, sufriendo sobre el mundo,
 Hasta el postrer instante
 De su última agonía,
 Ayl fué para nosotros el profundo
 Maestro que en medio de las sombras guía.
 Acabó su mision, grande, sublime;
 Hundió la frente, y expiró su acento;
 Nada podemos, ayl solo á su nombre
 Consagremos un santo pensamiento.

Pertenece á la patria su memoria;
 Ella le da doliente
 Tumba á sus restos y á su nombre gloria:
 Yo, desgraciado, mísero, impotente,
 ¿Qué le daré, sino mi llanto ardiente?

Febrero 17 de 1860.

Luis Ponce.

EN LA MUERTE

DEL SR.

D. MANUEL CARPIO.

¡Ya murió el hombre! Como buitre hambriento
 Feroz lo asió la muerte, y despiadada,
 Sobre él el golpe descargó violento.

Está la frente helada,
 La frente que las musas adornaron
 Con amaranto y olorosas flores.

Los ojos dó brillaba
 El fuego que encendiera á los profetas,
 Para no abrirse más ya se cerraron,
 Y ya no late el corazon sencillo,
 Dó la virtud modesta se abrigaba.

¡Oh cuánto nos robó con mano aleve

Cruel la muerte! oh cuánto
 Ahora pierdes, triste patria mia,
 Perdiendo al hijo que te amaba tanto!

El ensalzó tu nombre,
 El cantó tu beldad y tu grandeza,

El puso en tu cabeza
 La aureola de gloria,
 Que las cándidas sienes le ceñía,
 Y aumentó con sus rayos tu belleza.

¡Ya murió el hombre! Así perece el genio,
 Así la virtud pasa,
 Como la flor que deshojó el arado,
 Y solo la maldad con la ignorancia
 Impera por dó quier y eterna dura.
 ¡Murió el poeta ya! Como asombrado
 El mundo mira al Sol que á medio día
 Rápidamente su esplendor apaga,
 Así, al herirlo la segur impía
 De la muerte aciaga,
 En silencio profundo
 Y temor y tinieblas quedó el mundo.

¿Quién le reemplazará? ¿Cuándo ¡infelices!
 Volveremos á oír la voz sonora
 Que oyó absorta la tierra? ¿Qué profano
 Se atreverá á pulsar la lira acorde
 Que allá "en un tiempo, cuando Dios quería"
 Pulsara el vate con divina mano?
 ¡Oh cuánto, injusto el cielo
 Nos reserva de llanto y desconsuelo!

México, vuelve en tí; deja un instante
 El puñal acerado
 Que esgrimes ¡ay! contra tu propio seno
 Murió tu hijo ya! su immaculado
 Espíritu volvióse al Dios del bueno.

Murió tu hijo amante,
 Y otros mil morirán antes que nazca
 Quien te pueda elevar á mayor gloria.
 Llorá, llorá, infelice patria mía,
 Llorá al dulce poeta,
 Y eleva un monumento á su memoria.

Virgenes del Anáhuac, vuestras frentes
 Ceñid de helecho fúnebre: de luto
 Vestíos y, diligentes,
 Guirnaldas preparad de mirto y rosas.

Venid, vírgenes bellas;
 Los cánticos dolientes
 Entonad ya con voces armoniosas:
 En esa tumba humilde
 Derramad vuestro llanto,
 Y deponed ahí vuestras guirnaldas
 De yedras y amaranto y de violetas.
 Venid; templad las liras,
 Cantad al gran maestro,
 Cantad al padre, huérfanos poetas.

Duerme, poeta, duerme
 En tu envidiable lecho,
 Mientras se cansan de llorar los ojos,
 Mientras se cansa de gemir el pecho.
 Tú fuiste una avecilla, que pasando
 Por nuestros valles y elevados montes,
 Las alas recogiste
 Para gozar de la estacion primera:
 Con tu armoniosa voz nos conmoviste,
 Que natura te diera,
 Y al llegar el invierno,
 A los campos partiste
 Que adorna una perpetua primavera.

México, Febrero 14 de 1860.

José FERNANDEZ.



DIRECCION GENERAL DE BIBLIOTECAS



Á LA MEMORIA
DEL ILUSTRE POETA MEXICANO

El Dr. D. Manuel Carpio.

EL ANGEL DE LOS BARDOS.

¿De dónde parte ese profundo acento
Que arranca llanto al corazón doliente,
Y que guarda temblando el tibio ambiente
Que el valle cruza pesaroso y lento?
¿De dónde el aura que glacial circula
En torno á nuestras pálidas mejillas,
Y que el grave dolor tanto estimula
De la honda eternidad á las orillas. . . ?

¡No lo digais. . . ! que el ánimo no quiere
Desgarrar mas la herida
Que abrió la muerte que su duelo olvida. . .

El silencio letal hora prefiere

El pecho en su congoja,
Que siente tibio el llanto en que se moja.

Silencio! que del cielo en el altura
Sobre nubes de gualda

Un ángel ya se mira
De exquisita hermosura,
Pero cubierto de luctuosas galas.

La brillante guirnalda
Que en las sienes tenia,
A sus plantas ha puesto con mesura.
Grandé Melancolía
En sus ojos se pinta,
Y de su rostro, pálida es la tinta.

Este ángel bello, con afán espera. . .
Un trono rutilante
A su lado se mira,
Lo ve llorando, y con dolor suspira.

Guarda silencio su divina boca,
Su planta apénas en la nube toca,
Súbito su mejilla
Que pálida hace poco que se viera,
Nácar se torna cual la gaya rosa
Que se alza en los pensiles magestosa;
Y su gallardo cuerpo
El ángel puro con placer inclina
Al tomar la guirnalda
Que brilla como límpida esmeralda.

De la tierra al vacío
Un genio en ese instante
Se eleva silencioso
Con talante divino y magestoso.
Lleva en la diestra mano
De diamante una lira
Con que calmaba el duelo del humano,
Y al contemplar el ángel, ya suspira.

Arde en divino fuego
Del genio la mirada,
Y en sus sienes se mira desde luego
La corona divina colocada.

De eterna inspiracion el rayo santo
Arde sobre su frente,
Y eleva allí ferviente
Su místico, sentido y bello canto.

A poco ¡oh dicha suma,
Que al contemplarla solo aquí me abruma!

En medio de una luz intensa y bella
Velada de celajes carminados
Un grupo allá descuella
De arcángeles ternísimos y alados.

Le conocéis? le conocéis? Miradle!
Es el divino Carpio. . . .

¡Oid el eco de su lira hermosa!
Oid su voz alzarse cadenciosa,
Religiosa y sentida con dulzura;
Oid, oid su canto de ternura. . . .

Miradlo cuál se eleva
En hombros de los ángeles al cielo,
Su último canto oid, es de consuelo. . . .

¡Oid, bardos de Anáhuac deliciosos. . . !
¡Mas no. . . ! al borde de la yerta tumba
Estais del bardo cuya mano un día
El salterio pulsaba
Rico de inspiracion y de armonía.

Ya no canteis, que por dó quier retumba
¡De gran dolor el eco. . . !
Suspirad nada mas, que el triste hueco
De su sepulcro helado
Repetirá el suspiro
Que va del alma con dolor lanzado.

.....
Acompañad el llanto
De las cándidas ninfas
Que el bosque dejan, llenas de quebranto,
Para llorar sentidas
Al bardo que las vió con gracia unidas.

Gemid, que en el otero
Y en la sonante selva ya se escucha
El lloro lastimero
De los trémulos céfiros vertido.

Gemid, que los jigantes
Montes que alzan sus cimas hasta el cielo,
Gimen tambien con indecible duelo.

Las diosas de las fuentes
Y los genios de amor de las cascadas
Tienen mustias las frentes,
Y en lágrimas bañadas
Sus mejillas un tiempo nacaradas.

Ya del valle sombrío
Las tiernas rosas su capullo cierran:
No quieren el rocío;
Y sus corolas con dolor entierran
En el césped regado
Con el llanto que vierten desolado.
¡Angustia hay nada mas, duelo dó quiera. . . !
Y el alma en su dolor tan solo mira
Esa llama postrera
Que ante la eternidad doliente expira.

Tras esa oscura puerta,
A cuyo borde canto,
Donde mi voz se pierde mustia y yerta;
Tras ese velo funeral que miro,
Hay una eternidad toda de glorial
Pero el alma que mira transitoria
La vida de este mundo,
Un ¡ay! exhala con dolor profundo.

¿Por qué tras esa entrada
Un Eden no descubre la mirada?
Ay! ¡que del pecho las sentidas fibras
Sienten solo el rocío,

Que vierte la amargura
Cuando huye una ilusion celeste y pural
¿Adónde, adónde el alma
Escuchará la voz omnipotente
Del místico poeta

Que alzaba orlada su tranquila frente?
¿Adónde los acentos
Con que sabio guiaba
Aquesta juventud que le adoraba?

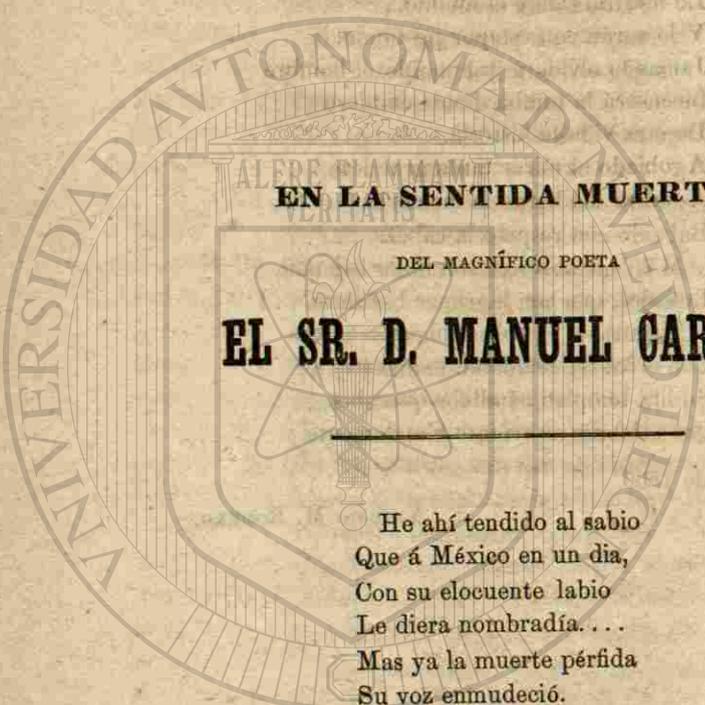
¿Acaso los torrentes
Los llevan en sus senos transparentes?

¿Los guardaron los vientos?
 ¿En su seno los montes
 Acaso depositan ese acento?
 ¿Adónde, adónde se halla. . . ?
 ¡Silencio nada mas, silencio sienta!
 ¡Y el brazo con la lira se desmaya!
 Nada á mi voz responde;
 ¡En vano el pecho en su dolor se agita!
 —Jamás grande á tu lado
 Lo volverás á ver—responde un eco
 Tristísimo, lanzado
 De ese sepulcro oscuro desde el hueco!
 Entonce al corazón, cansado y seco
 Con lloro tanto como vierte ahora,
 Le queda nada mas desoladora
 Ausencia que le mata;
 ¡Y aun otra vez sus lágrimas desata!
 ¡El llanto nada mas nos queda empero!
 Llanto del corazón, que ardiente riega
 La tumba del poeta
 Que á escuchar nuestro acento no se niega,
 Aunque su labio mudo en este instante
 Con su dulce armonía no desplega.
 Mas nos escucha desde el trono santo
 Que Dios al bardo le destina solo;
 Hasta él se eleva nuestro tibio canto,
 Que llegará otra vez, de polo á polo.
 Ay! que ya triste en su pesar inclina
 Su mágica y espléndida cabeza
 Mi triste patria de sin par nobleza. . . !
 Y de Carpio la patria
 Era también, y llora tristemente,
 Porque está yerta su inspirada frente.
 Aun resuena en su oído
 El blando canto de su dulce lira,
 Que ya no amante con placer la arrulla
 Cual otro grato y memorable día.

Pero ella, fina y grande
 En cambio escribirá con letras de oro
 Su dulce nombre, cual su gran tesoro
 Lo mostrará ante el mundo,
 Y lo verán con estupor profundo:
 Jamas lo olvidará, y humilde el hombre
 Incensará la tumba donde empieza
 De otra vida la historia.
 Agobiado al mirar tanta grandeza,
 Adorará del bardo la memoria,
 Bajando con respeto la cabeza. . . .
 Mientras nosotros con dolor bajamos
 Los ojos, que con lágrimas bañamos. . . !
 Mientras á él, sobre fulgentes nubes
 Con el laurel ceñido en la alta frente,
 Su lira templan cándidos querubes
 Que celebran su triunfo blandamente.

Febrero 17 de 1860.

ANTONIO M. ROMERO.



EN LA SENTIDA MUERTE

DEL MAGNÍFICO POETA

EL SR. D. MANUEL CARPIO.

He ahí tendido al sabio
Que á México en un día,
Con su elocuente labio
Le diera nombradía. . . .
Mas ya la muerte péfida
Su voz enmudeció.

La ciencia fué su agrado
Desde su edad primera:
En ella dedicado,
Seguia en su carrera
A los luceros fúlgidos
Y al sol que lo alumbró.

Despues la medicina
Cultivó su talento:
Dios luego lo destina
Allá en su puro asiento,
Para asistir al mísero
En lecho de dolor.

Visita de Helicon
Los montes escabrosos,
Y de una á la otra zona
Se escuchan armoniosos,
Sencillos y bellísimos
Sus versos sobre amor.

Cantando la Ley santa
Del Ser Omnipotente,
Su vuelo hácia El levanta
En alas de su mente,
Y sublime preséntanos
El paso del Jordan.

Mas tarde en su memoria
Los siglos se adelantan,
De Napoleon la historia
Sus labios puros cantan,
Olas nos pinta rápidas
Que á sepultarlo van.

Llora, patria querida,
La muerte congojosa
De la planta florida
De tu tierra preciosa,
Que rueden, sí, las lágrimas
Por tu angustiada faz.

El poeta que educado
Has en tu fértil seno,
Venga desconsolado
A dar tributo pleno
Al sabio que ora plácido
Ya goza eterna paz!

J. M. MALDA.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

La *Sociedad* dijo lo siguiente del entierro:

"FUNERALES DEL SR. DR. D. MANUEL CARPIO.—Ayer, cerca de los cuatro y media de la tarde, salió del local de la Escuela de Medicina, y llegó al convento de San Fernando una hora y cuarto despues, el cadáver del Sr. Dr. D Manuel Carpio, llevado por los alumnos de la expresada Escuela, y acompañado de mas de 300 personas de riguroso luto, que iban á pié tras del ataud del sabio modesto y del eminente literato.

"Presidia la comitiva fúnebre el señor director de la Escuela de Medicina, y componian tal comitiva los alumnos de los diversos colegios, las comisiones de corporaciones científicas y literarias, casi todos los miembros de la Academia de Medicina, individuos del clero secular y regular, magistrados, militares, artistas, y en suma, los amigos del finado. Tras la comitiva formaban los coches inmensa fila, y no creemos exajerado decir, que irian los últimos por la calle de San Andres, cuando el ataud llegaba al atrio de la iglesia de San Fernando, donde fué recibido por el Consejo Superior de Salubridad.

"Puesto el cadáver en la capilla del claustro, donde ardian multitud de cirios, la comunidad toda de San Fernando, presidida por su guardian, acudió bajo cruz y ciriales á cantar los responsos, y la orquesta del profesor Delgado ejecutó una vigilia compuesta *ad hoc* por el Sr. Paniagua, segun se dijo. Terminada la vigilia, el cadáver fué conducido por la comunidad al Panteon, y ántes de ser inhumado, pronunciaron breves y sinceros elogios á la memoria del finado, los Sres. Ortega (D. Francisco) á nombre de la Escuela de Medicina; Reyes, á nombre del Consejo Superior de Salubridad; Jimenez (D. Miguel) á nombre de la Sociedad de Beneficencia Médica, y Leguía á nombre de la Academia de Medicina. Algunos jóvenes, entre quienes distinguimos á los Sres. Ortiz, Bandera, Vieyra y Romero, recitaron composiciones poéticas alusivas al acto, que terminó pocos minutos ántes de las ocho.

"En los funerales del Sr. Carpio se han hecho patentes el aprecio que la sociedad mexicana le profesaba, y la veneracion con que guardará su memoria."

COMPOSICIONES QUE NO FUERON LEIDAS

Y QUE HAN SIDO REMITIDAS

PARA ESTA CORONA.

EN LA SENTIDA MUERTE

DEL

SR. DR. D. MANUEL CARPIO.

Dando señales de mortal quebranto,
Lloran las ciencias al modesto sabio,
Cuyo inspirado y elocuente labio
Tomó del cielo su piadoso canto.
De amarga pena nuestras almas llenas,
Al verlo ya bajo la losa fria,
Lloremos ¡ay! como llorara un dia,
Sobre la tumba de Platon, Aténas.
¡Con cuánto afan su corazon ardiente
Lo bello y útil á la par buscaba!
¡Qué profundo saber se retrataba
En su serena y elevada frente!

La *Sociedad* dijo lo siguiente del entierro:

"FUNERALES DEL SR. DR. D. MANUEL CARPIO.—Ayer, cerca de los cuatro y media de la tarde, salió del local de la Escuela de Medicina, y llegó al convento de San Fernando una hora y cuarto despues, el cadáver del Sr. Dr. D Manuel Carpio, llevado por los alumnos de la expresada Escuela, y acompañado de mas de 300 personas de riguroso luto, que iban á pié tras del ataud del sabio modesto y del eminente literato.

"Presidia la comitiva fúnebre el señor director de la Escuela de Medicina, y componian tal comitiva los alumnos de los diversos colegios, las comisiones de corporaciones científicas y literarias, casi todos los miembros de la Academia de Medicina, individuos del clero secular y regular, magistrados, militares, artistas, y en suma, los amigos del finado. Tras la comitiva formaban los coches inmensa fila, y no creemos exajerado decir, que irian los últimos por la calle de San Andres, cuando el ataud llegaba al atrio de la iglesia de San Fernando, donde fué recibido por el Consejo Superior de Salubridad.

"Puesto el cadáver en la capilla del claustro, donde ardian multitud de cirios, la comunidad toda de San Fernando, presidida por su guardian, acudió bajo cruz y ciriales á cantar los responsos, y la orquesta del profesor Delgado ejecutó una vigilia compuesta *ad hoc* por el Sr. Paniagua, segun se dijo. Terminada la vigilia, el cadáver fué conducido por la comunidad al Panteon, y ántes de ser inhumado, pronunciaron breves y sinceros elogios á la memoria del finado, los Sres. Ortega (D. Francisco) á nombre de la Escuela de Medicina; Reyes, á nombre del Consejo Superior de Salubridad; Jimenez (D. Miguel) á nombre de la Sociedad de Beneficencia Médica, y Leguía á nombre de la Academia de Medicina. Algunos jóvenes, entre quienes distinguimos á los Sres. Ortiz, Bandera, Vieyra y Romero, recitaron composiciones poéticas alusivas al acto, que terminó pocos minutos ántes de las ocho.

"En los funerales del Sr. Carpio se han hecho patentes el aprecio que la sociedad mexicana le profesaba, y la veneracion con que guardará su memoria."

COMPOSICIONES QUE NO FUERON LEIDAS

Y QUE HAN SIDO REMITIDAS

PARA ESTA CORONA.

EN LA SENTIDA MUERTE

DEL

SR. DR. D. MANUEL CARPIO.

Dando señales de mortal quebranto,
Lloran las ciencias al modesto sabio,
Cuyo inspirado y elocuente labio
Tomó del cielo su piadoso canto.
De amarga pena nuestras almas llenas,
Al verlo ya bajo la losa fria,
Lloremos ¡ay! como llorara un dia,
Sobre la tumba de Platon, Aténas.
¡Con cuánto afan su corazon ardiente
Lo bello y útil á la par buscaba!
¡Qué profundo saber se retrataba
En su serena y elevada frente!

De Grecia y Roma, y su rival Cartago,
La grandeza cantó y hechos gloriosos;
Del Líbano los cedros prodigiosos,
Y de Sodoma el espantoso estrago.

Cantó á la Religion; cantó á natura
Con fe sincera y con sublime acento,
Y Dios, en premio de su fe y talento,
Llevóse su alma á la celeste altura.

¡Llora, juventud! Sí, llora la muerte
Del maestro amado y bondadoso amigo;
Que yo quiero, también, llorar contigo
Junto al sepulcro donde yace inerte. . .

Mas no muere del sabio la memoria:
De Carpio al recordar la ilustre vida,
En sus páginas de oro, entristecida,
Ciencia y Virtud escribirá la historia.

Febrero 18 de 1860.

A. PANDO.

EN LA SENTIDA MUERTE

DEL SR.

D. Manuel Carpio,

Patria! númen feliz! nombre divino!
¡Idolo puro de las nobles almas!
¡Objeto dulce de su eterno anhelo!
Ya enmudeció tu cisne peregrino . . .
¿Quién cantará tus brisas y tus palmas,
Tu sol de fuego, tu brillante cielo?

G. G. DE AVELLANEDA.

Devorado de bárbara tristeza

Pulso la lira que olvidado habia,

Carpio divino, cuya muerte lloro:

Perdonen mi osadía

Tu sombra airada, tu inmortal grandeza,

Que yo de hinojos tu favor imploro

Para elevar mi desolado acento,

Y derramar sobre tu noble tumba

Cubierta de magníficos fulgores,

Que envidiarán las gentes,

Mis lágrimas ardientes,

Mis deshojadas y marchitas flores.

¿Por qué este canto funeral me hiere,
Y el corazón temblando
Dejar quisiera el lacerado pecho?
Ay! es que un genio de mi patria muere,
Y va hasta el trono del Señor volando.
Porque es el mundo en que habitaba estrecho,
Dios le llamó para premiar sus obras
Con faz risueña y con acento blando,
Y á su partida nos dejó llorando.

¡Modelo de poetas
Y de escogidas y virtuosas almas!
¡Orgullo de mi patria,
A quien tu muerte deja
En angustioso duelo . . . !
“¿Quién cantará sus brisas y sus palmas,
“Su sol de fuego, su brillante cielo?”

¿Cómo se fueron tan hermosos días
En que cantar solías
Su gloria, sus encantos y reveses?
¡Mi patria sin ventura
El cáliz de amargura
Hoy tiene que apurar hasta las heces!

Ay! tú cantabas de la patria mía
Los bellos y risueños horizontes,
Los anchos mares, y los altos montes
En otro tiempo cuando Dios quería!
Tú, contemplando la celeste altura,
Rica en ideas la inspirada mente,
Te alzabas al Orion y Cinosura,
A Centauro y á Sirio refulgente.
Y de aquellas espléndidas regiones
Ala ignorante multitud extrañas,
Ardiendo siempre en sacrosanto fuego
Bajabas á las miserables cabañas,
Lleno de amor y de entusiasmo ciego.

Y recorriendo las extensas calles
De los bosques de América sombríos,
Pintabas con vivísimos colores,
Ya las palmeras que entre sí se azotan,
Ya los tendidos y frondosos valles,
Ya los soberbios y sonantes ríos,
Ya los jacintos que á su margen brotan.
Ledas entónces las pintadas aves
Unian á tus cánticos divinos,
Unas veces alegres, otras graves,
Sus armoniosos y variados trinos.

Oh! nunca Vénus entreabrió la espuma
De los soberbios intranquilos mares,
Para ostentar mas bella
Sus galas á millares,
Que la patria que fué de Moctezuma
A su inmenso poder obedeciendo,
Gallarda sin rival brotó sonriendo
De tu arrogante y prodigiosa pluma!

¡Qué bien la retratabas!
¡Con qué dulce primor la embellecías!
¡Cómo con ella de dolor llorabas!
¡Cómo con ella de placer reías!
¡Cómo su gloria y religion cantabas!
¿Y ahora? . . . Nada. El corazón se oprime,
Y clama el alma de dolor inquieta,
¡Perdió la patria á su cantor sublime!
¡Perdió la religion á su poeta!

¿De qué le sirven los jacintos rojos
A mi patria infeliz, patria doliente,
Si no los han de ver tus muertos ojos,
Si no han de coronar tu yerta frente?

Y sin embargo, seguirán brotando
El lirio azul y el loto de la fuente;

Y la violeta y las pintadas rosas
 Que enamorado besará el ambiente.
 Y el sol, el sol ardiente
 Que en las altas montañas reverbera
 Y los campos de México fecunda,
 Continuará su espléndida carrera,
 Sin que á pararlo lleguen
 Los ayes de mi patria moribunda.
 No empero faltarán á tu sepulcro
 Mis lágrimas y flores,
 Ni á tu memoria faltarán loores,
 Que aunque la muerte en su fatal victoria
 Acabe con el hombre,
 No eclipsará tu inmarcesible gloria:
 Siglos y siglos vivirá tu nombre.

México, Febrero de 1860.

JULIAN MONTIEL.

EN LA MUERTE

DEL SR. DR.

D. MANUEL CARPIO,

Acaecida el 12 de Febrero de 1860.

El sueño duerme de la tumba fria
 Mi siempre bueno y generoso amigo,
 Inclito vate de la patria mia.

Y esta patria tambien gime conmigo,
 Y baña su mejilla amargo llanto,
 Ante el Señor de su afliccion testigo.

Cubierto el rostro con el negro manto
 Ricas guirnaldas de laurel luciente
 En su sepulcro deposita en tanto.

No con las rosas del placer la frente
 Carpio en sus verdes años coronara
 Como la incauta juventud ardiente;
 De la augusta virtud antorcha clara
 Amó desde la edad cándida y pura,
 Sin verle nunca al deshonor la cara,

Y en el paterno nido, de ventura
Gozó en la márgen del inmenso río
Que da á Cosamaloápan su hermosura;

Y allí en el bosque plácido y sombrío,
Bajo la esbelta y vividora palma,
Pulsó la lira con heroico brío.

Y de la noche en la apacible calma,
La beldad contemplando de los cielos,
Humilde ofrece á su Hacedor el alma.

Y logra del estudio en los desvelos
Huir la mundanal sabiduría
Y de la ciencia descórrer los velos.

Y por ella raudales de alegría
En las mansiones de dolor derrama,
La caridad sirviéndole de guía.

Cuando la patria mísera lo llama,
Preséntase cumplido ciudadano,
Y en su fuego santísimo se inflama;

De las pasiones el tumulto insano
Se apaga ante él como en la firme roca
Las encrespadas ondas del océano;

Y si en triunfo la fama lo coloca
En lo mas alto de su ilustre templo,
Sella la envidia la maligna boca.

Cuantas veces á solas lo contemplo,
De la cara familia en los hogares,
Lo halló otras tantas de virtud ejemplo.

De la santa amistad en los altares
Honremos al altísimo poeta,
Que aun se oyén sus dulcísimos cantares.

De Patmos el terrífico profeta,
Que de Dios en el seno se reclina,
Le da su ardiente inspiracion secreta;

Y la tremenda Magestad divina,
Velada entre relámpagos y truenos,
Canta, y el carro en que Elohim camina;

Y por los aires de tinieblas llenos
Mira cruzar al ángel que desata
De los abismos los profundos senos;

Y vuelca el mar sobre la gente ingrata,
A tiempo que á la tierra se desploma,
Desde el cielo rugiente catarata;

Y pinta los jardines de Sodoma,
Ardiendo en llamas, por el Juez severo,
Cuando de nuevo la impiedad asoma;

Y la dureza del egipcio fiero,
Y en el mar sepultadas sus riquezas,
Y el carro y el caballo y caballero;

Y á orillas del Eufrátes las grandezas,
La pompa y esplendor de los Asirios,
Sus crímenes y bárbaras proezas.

De Nínive la altiva los delirios,
Gimiendo en la ribera del Chabóras,
Sus vírgenes mas lindas que los lirios.

Del sacrilego rey las tristes horas,
De aquella noche en la execranda cena,
Y de Ciro las huestes vengadoras. . .

Mas ¡cuán blanda su cítara resuena,
Cuando á la Virgen que el Señor sublima,
Canta llena de amor, de gracia llena!

¡Y qué terrible cuando Dios intima
A Israel sus decretos de venganza,
Vuelta la espalda á la infeliz Solima!

De Carpio el nombre excede á mi alabanza;
Que á celebrar su ingenio soberano
No el bajo vuelo de mi pluma alcanza.

Con la noble modestia del cristiano
Toma en las aulas distinguido asiento,
Limpio su corazon de orgullo vano;

Y sin turbarse el postrimer momento
Aguarda, en que se apague de la vida
La llama, al soplo de ligero viento.

La muerte, por ninguno detenida,
Encuentra de la viña al operario
Con la cruz y la lámpara encendida.

Pensando en las angustias del Calvario
En lágrimas deshácense sus ojos,
Y lo bendice el ángel del Santuario.

Y cesan para siempre sus enojos,
Que á la primera luz del nuevo dia
Abandona á la tierra sus despojos.

Y á su cantor la virginal María
Traslada á las regiones de la gloria,
Que por ella en amor su pecho ardia

¡Feliz quien como Carpio la victoria
Obtenga en este valle de dolores!
Cual la dél será eterna su memoria,
Mas grata que el perfume de las flores.

Febrero 28 de 1860.

JOSÉ SEBASTIAN SEOURA.

EN LA MUERTE

DEL SR. DON

MANUEL CARPIO.

Saber y rectitud, virtudes pías,
Fama inmortal, le dieron su aureola:
Su vida se extinguió, cual mansa ola,
De la muerte al besar las playas frias.
Para ensayar sus santas melodías
Alimentó en su ser la llama sola
Que el alma purifica y acrisola,
Cual un tiempo los labios de Isafas.

Guardó el sepulcro la materia impura,
Y allí la gloria y la amistad terrena
Palmas llevan y lágrimas de duelo;
Mas el alma con blanca vestidura
Vuela al seno de Dios, y Dios la ordena
Seguir cantando en la region del cielo.

J. M. ROA BÁRCENA.

¡Y qué terrible cuando Dios intima
A Israel sus decretos de venganza,
Vuelta la espalda á la infeliz Solima!

De Carpio el nombre excede á mi alabanza;
Que á celebrar su ingenio soberano
No el bajo vuelo de mi pluma alcanza.

Con la noble modestia del cristiano
Toma en las aulas distinguido asiento,
Limpio su corazon de orgullo vano;

Y sin turbarse el postrimer momento
Aguarda, en que se apague de la vida
La llama, al soplo de ligero viento.

La muerte, por ninguno detenida,
Encuentra de la viña al operario
Con la cruz y la lámpara encendida.

Pensando en las angustias del Calvario
En lágrimas deshácense sus ojos,
Y lo bendice el ángel del Santuario.

Y cesan para siempre sus enojos,
Que á la primera luz del nuevo dia
Abandona á la tierra sus despojos.

Y á su cantor la virginal María
Traslada á las regiones de la gloria,
Que por ella en amor su pecho ardia

¡Feliz quien como Carpio la victoria
Obtenga en este valle de dolores!
Cual la dél será eterna su memoria,
Mas grata que el perfume de las flores.

Febrero 28 de 1860.

JOSÉ SEBASTIAN SEOURA.

EN LA MUERTE

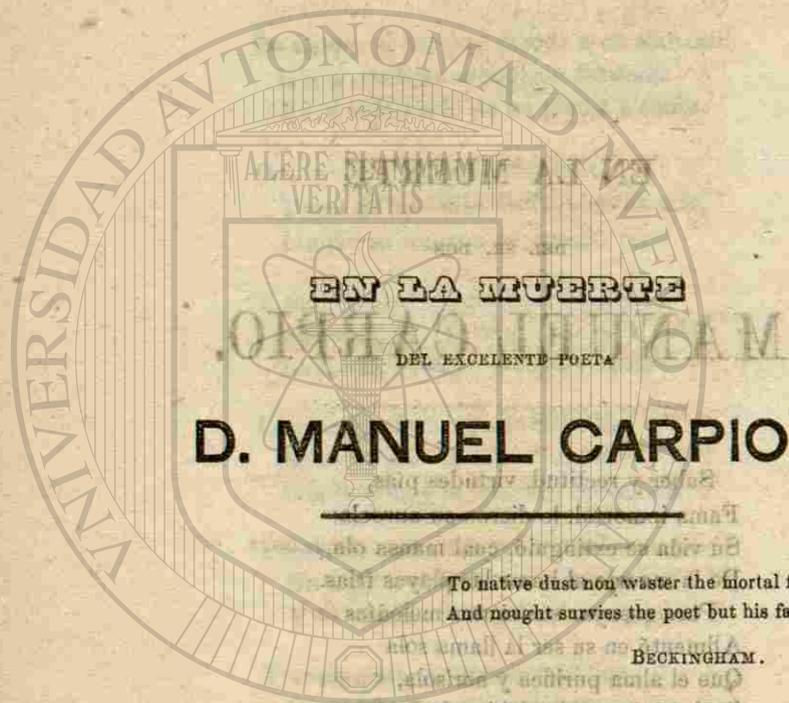
DEL SR. DON

MANUEL CARPIO.

Saber y rectitud, virtudes pías,
Fama inmortal, le dieron su aureola:
Su vida se extinguió, cual mansa ola,
De la muerte al besar las playas frias.
Para ensayar sus santas melodías
Alimentó en su ser la llama sola
Que el alma purifica y acrisola,
Cual un tiempo los labios de Isafas.

Guardó el sepulcro la materia impura,
Y allí la gloria y la amistad terrena
Palmas llevan y lágrimas de duelo;
Mas el alma con blanca vestidura
Vuela al seno de Dios, y Dios la ordena
Seguir cantando en la region del cielo.

J. M. ROA BÁRCENA.



D. MANUEL CARPIO.

To native dust non waster the mortal frame,
And nought survies the poet but his fame.

BECKINGHAM.

Ley forzosa es morir! El tiempo crudo
Toda materia vil en polvo torna;
Y con igual segur corta la parca,
En giro eterno y mudo,
El cuello del pastor y el del monarca.

Mas la huesa dó el vulgo se confunde,
Simá de olvido es: miéntra en la tumba
Dó el saber, la virtud ó el genio se hunde,
Crece mayor su nombre,
Sobra á la envidia ruin su justa fama,
Y la inmortalidad su gran renombre
Sobre siglos y cielos encarama.

Noble cantor, de cuya infausta muerte
El mexicano suelo se lamenta
(Tan usado á rigores del destino
Que en él la copa de infortunio vierte)
Tú, robado al fragor de la tormenta
Para la calma del Eden divino,
Pagaste á tiempo el natural tributo.
Queda á tu patria tu radiante gloria,
A la tierna amistad perenne luto,
Y á la yirtud dulcísima memoria.

Del sacro númen que tu acento anima
Cuando, de edades bíblicas vestigio,
Del Gólgota recuerda el gran prodigio,
O el terrible escarmiento de Solima;
La fatídica frase que del muro
En el festin de Babilonia emerje,
O el mar que se abre, y en su centro oscuro
Ira y poder de Faraon sumerje:
Del himno hermoso en que á tu patria bella
Proclamas reina de la indiana zona,
O el ingente volcan pintas que de ella
La indescriptible magestad corona:
De cuantos versos en raudal sonoro
Tu rica inspiracion al viento esparce,
México guardará como un tesoro
La dulce remembranza; y con tristura
Contemplará, en tu humilde sepultura,
Mudas las cuerdas de tu lira de oro.

De sus valles floridos en los ecos,
De sus lóbregas grutas en los huecos,
En sus montes y selvas seculares
Retumbará el murmurio de tu gloria,
Mientras pura, sin mengua,
Siquier conserven mexicanos lares
De España noble religion y lengua.

Mas si el pérfido amago
 Que tu patriota corazón temia,
 Tras luengos años de discordia impía,
 De sangre y llama entre revueltas olas,
 Tráe el imperio aciago
 De extraño culto y habla . . .
 Tu gloria ¡buen cantor! náufraga tabla,
 Se acogerá á las playas españolas.

Dios sabe el porvenir! De sus misterios
 Nada la humana prevision atina:
 Tórnanse ricos reinos cementerios;
 Surjen vastos desiertos á naciones;
 Una raza sucumbe, otra domina;
 Ciegas, empero, dóciles legiones,
 Todas van á un designio, oculto y sabio,
 A dó el dedo de Dios las encamina.

Tal lo escuché del inspirado labio
 Del vate cuya fama no rehusa,
 Su silencio letárgico rompiendo,
 Cantar ahora mi doliente musa.

Util ciencia y difícil profesando
 Con tierno corazón y mano franca,
 No de su pecho la quietud arranca
 De oro codicia ó ambicion de mando:
 Ni incienso de lisonja en los salones
 Quemó del prócer opulento, altivo,
 Ni aduló de la turba las pasiones:
 Iguales fueron en su amor activo
 Alcázar regio y mísero tugurio;
 Y con la diestra generosa, que era
 De la salud del cuerpo fausto augurio,
 De su lira severa
 Arrancaba las graves melodías
 Que del alma, en el mundo pasajera,
 Suavizan las mortales agonías.

Pero mi débil voz y el rudo canto,
 De su valor no digno,
 Sofoca y vence desbordado el llanto.
 De redencion el venerando signo
 Que del poeta ampara los despojos,
 Manda que al cielo la amistad convierta
 Confiado el corazón, tristes los ojos.
 Miéntra en la tierra, de placer desierta,
 Tejen las patrias musas su corona,
 Mi espíritu allá sube;
 Y sobre el arduo monte y densa nube,
 Sobre el tropel de rutilantes astros
 Que á los piés del Eterno se amontona,
 Con entusiasmo férvido columbra,
 Cuál de justos el gremio,
 A dó su ardiente caridad le encumbra,
 Discierne al bardo el suspirado premio.
 Su espíritu la eterna ciencia alumbra,
 Y en la arpa del querube
 Torna á vibrar su armoniosa nota
 Que el soplo de la muerte dejó rota.

Febrero de 1860.

C. COLLADO.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE YUCATÁN
ALERE PLAMMA
VENEMAS
DEL
POETA MEXICANO

D. Manuel Carpio.

¿Eres tú el vate que con tierno acento
Sagrados cantos preludiando un día,
Oír dejaste celestial concanto,
Dulce, cual queja que murmura el viento,
Triste, cual eco de la selva umbría?

¿Eres tú el ave, de la tierra encanto,
Que hasta los cielos levantó su vuelo,
Y oyendo el eco del celeste canto,
Bajó, inspirada de entusiasmo santo,
Trayendo al mundo la armonía del cielo?

¿Qué se hicieron tus dulces melodías?
¿Dónde están esos cantos soberanos,
Que al aire dabas, si cantar querías,
Cuando, inspirado del Señor, cogías
El arpa de David entre las manos?

Ora tierna tu voz, ora potente,
Si al aire dabas el acento vago,
Murmuraba en las aguas de la fuente,
O imitaba los ecos del torrente,
O el triste arrullo del dormido lago.

Si susurraba en el jardín frondoso
Entre las frescas y esmaltadas flores,
Deteníanse allí los ruiseñores,
Que nunca oyeron canto mas hermoso,
Ni acento tal para cantar amores.

Corriendo el velo de la edad pasada,
Tu voz levantas en la altiva Roma,
Y de Salein, también la infortunada,
En la triste ruina abandonada,
O en el lago desierto de Sodoma.

O bien los arenales solitarios
Cruzas dó yace la infeliz Palmira,
Y allí de sus soberbios santuarios,
En los grandes escombros funerarios
Dulce tu voz y con dolor suspira.

En las ruinas, ora, de Cartago
Te sientas junto á Mario fugitivo,
Y alzas tu acento por el aire vago,
De la ciudad el merecido estrago,
Triste cantando y de su pueblo ultivo.

Bajo el influjo de tu voz sonora
Yo he discurrido, de la Siria ardiente
A la patria del Tasso encantadora,
Y del palacio donde el grande mora
A la choza infeliz del indigente.

Tú me llevastes entre el pueblo impío,
Y escuchando tu acento funerario,
Cubierto con el polvo del gentío,
Subí por la carrera del Calvario
A la cumbre del Gólgota sombrío.

En ella vi al pueblo deicida
Mofar de Dios la angustia y el quebranto,
Y reir, con el alma empedernida,
Cuando Jesus al exhalar la vida
Pendiente estaba del madero santo.

Vi que á sus piés, doliente y silenciosa,
Suelto el cabello, y pálida María,
En escena tan triste y dolorosa,
Como Madre sufriendo y como Esposa,
Sus bellos ojos á Jesus volvía.

En calma se quedó naturaleza;
Sobre su tallo se doblaba el nardo,
Y cubierta de polvo y de tristeza,
Asomaba, mezquina, la maleza
Entre las grietas del peñasco pardo.

Solitario en el valle no movía
Sus largas hojas el palmero esbelto;
Estaba triste y caluroso el día,
Y arrastrar, silencioso, se veía
Sus tibias aguas el Jordán revuelto.

Poco despues, en tiempos mas cercanos,
Desde esa misma descarnada cima,
Vi cumplirse anatemas soberanos,
Y al empuje caer de los romanos,
Teñida en sangre, la infeliz Solima.

Tú me llevaste á Babilonia un día,
Contigo estuve en la terrible cena,
Y en la playa del Bósforo, sombría,
El rüido escuché que el "Turco" hacia
Arrastrando su alfange por la arena.

Mas ¡ay! la muerte que con mano helada
Trueca en desdicha el mundanal contento,
En el umbral de la terrible nada,
Nubla en tus ojos tu postrer mirada,
Hiela en tus labios tu postrer acento.

Y allá en la orilla de la vida ignota,
Que al hombre justo le prepara el cielo,
Quedó tu lira abandonada y rota,
Cual blanca pluma que en el agua flota
De ave marina que levanta el vuelo.

Descansa en paz: bajo el cipres luctuoso
Deja la lira de divino acento;
Que en medio de este fúnebre reposo
Vendrá en la noche, tierno y cadencioso,
Entre sus cuerdas á gemir el viento.

Descansa en paz: la muerte, despiadada,
Solo deja la gloria de tu nombre;
Gloria que te acompaña en tu morada;
Que en el escaño de la tumba helada
Vive el poeta cuando el muere hombre.

México, 1860.

JOSÉ MARÍA ESTEVA.

A LA MEMORIA

DEL ILUSTRE POETA

D. MANUEL CARPIO.

SONETO.

En alas de tu ardiente fantasía
 Traspusiste los mares de Occidente,
 Y en las remotas playas del Oriente
 Su vuelo suspendió tu ingenio un día.

Allí de la *fatal* nación judía,
 De David con el arpa reluciente,
 Cantaste, ora la gloria indeficiente,
 Ya el duro cautiverio y pena impía.

Osado luego al Gólgota subiste,
 Del Hombre-Dios contando los tormentos
 Y los martirios de la Madre triste:

De allí te arrebataron raudos vientos,
 Y de pronto en el cielo apareciste
 De Klopstock y Nahum en los asientos.

Febrero de 1860.

R. I. ALCARAZ.

Multitud de piezas literarias han aparecido en los periódicos á la memoria del Sr. Dr. D. Manuel Carpio, y sea cual fuere el mérito de ellas, siempre demuestran el gran concepto que éste disfrutaba en su país. Cuando los mexicanos se encuentran preocupados por las cuestiones políticas, que tantas lágrimas y sangre han hecho verter, es un verdadero consuelo el ver que se aprecia en lo que vale el mérito real. La envidia y la maledicencia suelen empañar las mejores reputaciones en la vida; pero cuando el hombre ha dejado de existir, y comienza el juicio severo é imparcial de la posteridad, es en extremo satisfactorio el considerar que solo se recuerdan hechos dignos de elogio. Esto ha sucedido con el Sr. Carpio. Cumplió con los deberes de buen padre, de buen esposo, de buen ciudadano, é ilustró su entendimiento para ser útil á los demás: dió honor á su nación, que agradecida, llora hoy sobre su tumba. ¡Quiera el cielo hacer fructificar las semillas del bien que aquel sembró, y que encontrando muchos imitadores, se multipliquen los motivos de nuestro orgullo nacional!



®



TE
2
U